

La Esfera

20 NOV 1921

Año VIII • Núm. 411

Precio: Una peseta



RETRATO DEL CONDE JUAN MAURICIO DE ORANGE, cuadro de la escuela flamenca, que se conserva en el Museo del Prado

Holtisenty & Co.

PELIGROS, 20
(Esquina á Caballero de Gracia)
MADRID
Teléfono 37-39 M.

Camisería
Ropa blanca fina
Equipos
para novia



ÚLTIMAS NOVEDADES

ELIXIR ESTOMACAL

de Saiz de Carlos (STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda á las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

ESTÓMAGO É INTESTINOS

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedías, vómitos, inapetencia, diarreas en niños y adultos que, á veces, alternan con estreñimiento, dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID, desde donde se remiten folletos á quien los pida.

Para Reconocer

la mejor salsa del mundo, véase la firma blanca á través del rótulo rojo que está sobre cada botella.

SALSA de *Sea Perrins'* La ORIGINAL de WORCESTERSHIRE.



Muchas horas
de diversion con

MECCANO

Mire Vd. este puente maravilloso que este niño acaba de construir. Como vé Vd., en este momento da la última mano á la jaula. Inmediatamente después se divertirá excelentemente haciendo trabajar el modelo. Toca meramente un boton sobre el motor eléctrico y la jaula corre al través.

Su niño de Vd. puede construir este modelo—y veintenas de otros modelos igualmente hermosos—

con Meccano. Gruas, Torres Automóviles, Aeroplanos, Tornos. Puede, en verdad, construir cualquiera máquina que trabaje, un modelo nuevo cada dia, si desea.

Construir con Meccano es deliciosamente fácil; no se necesita ninguna habilidad ó estudio. Un gran Libro ilustrado de Instrucciones acompaña gratuitamente cada Caja y explica todo.

Dé Vd. un Meccano á su niño como aginaldo.

PRECIOS.

Equipo No.	Pesetas.	Equipo No.	Pesetas.
0	18.00	4	145.00
1	20.00	5 (carton)	195.00
2	60.00	5 (madera)	260.00
3	90.00	6	500.00

Para otras informaciones y literatura descriptiva dirigirse á nuestro agente:—

Sr. JOSÉ PALOUZIE SERRA, Industria 226, Barcelona, Dep. No.

CONSERVAS TREVIJANO LOGROÑO

EVITA LA CAIDA DEL PELO
LE DA FUERZA Y VIGOR

ALCOHOLATO
ABRÓTANO MACHO

Carmen, 10, ALCOHOLERA, Madrid



El papel en que se imprime esta ilustración está fabricado especialmente para "LA ESFERA" por

LA PAPELERA ESPAÑOLA

EL MEJOR POSTRE
Carne de membrillo
JUSTO ESTRADA
PUENTE GENIL

SULFHYDRAL CHANTEAUD
de PARIS

a base de Sulfuro de Calcio puro muy eficaz para preservación y Tratamiento de la GRIPPE, ANGINA, BRONQUITIS, LARINGITIS, CATARRALES, SARAMPIÓN, COQUELUCE, VIRUELA.
DEPÓSITO EN LAS BUENAS BOTICAS Y URIACH C^o, 49, Bruch, BARCELONA

LAMPARA "METAL"



Compañía General Española de Electricidad
APARTADO 150 MADRID



DOS MARAVILLAS
PARA
ESCRIBIR

EVERSHARP

El Lapicero siempre afilado sin nunca
afilarlo
Práctico, económico, bonito y duradero

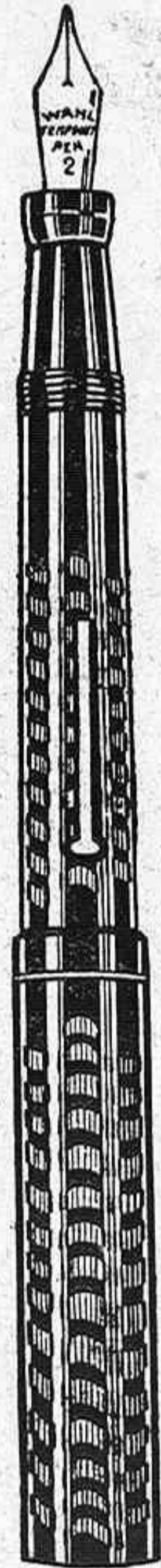
WAHL

LA PLUMA FUENTE PERFECTA

No se afloja, no se mella, no gotea

Pídanlo en Joyerías, Librerías
y Papelerías

OFFICE APPLIANCE CORPORATION
Alameda, 23 SAN SEBASTIÁN



¡Oh, qué duda tan terrible!
¡Qué obscuridad tan obscura!
Mi mujer, al levantarse,
murmuraba: «PECA-CURA».

Jabón, 1,50. — Crema, 2,50. — Polvos, 2,50. —
Agua cutánea, 5,50. — Agua de Colonia, 3,50,
6, 10 y 16 pesetas, según frasco. — Lociones
para el pelo, 4,50, 6,50 y 20 ptas., según frasco.

ÚLTIMAS CREACIONES
Productos Serie «Ideal»

ACACIA, MIMOSA, GINESTA, ROSA DE JERICO,
ADMIRABLE, MATINAL, CHIPRE,
ROCIO FLOR, ROSA, VERTIGO, CLAVEL,
MUGUET, VIOLETA, JAZMIN

Jabón, 3. — Polvos, 4. — Loción, 4,50, 6,50 y 20.
Esencia para el pañuelo, 18 pesetas frasco con
estuche.

Cortés Hermanos, SARRIÁ (BARCELONA).

ESPAÑA
LA MEJOR COLONIA
CARMEN, 10, ALCOHOLERA



SE VENDEN los clichés usados en
esta Revista. Dirigirse
a esta Admón., Hermsilla, 57.



Almorranas

Curación segura y completa, sin operación, de las hemorroides con

Supositorios **Anusol** Goedecke

que se introducen en el recto.
Anusol Goedecke hace ya más de 20 años que está acreditado
y recetado por los médicos. **Anusol Goedecke** calma pronto los dolores,
produce una evacuación agradable y cura por completo. No contiene com-
ponente nocivo alguno. A cada caja acompañan instrucciones exactas para
su uso. Pídanse en farmacias el único y legítimo **Anusol Goedecke** y rechá-
cese toda imitación ilegal de nuestra marca. El nombre "**Goedecke**" garantiza
la legitimidad y eficacia completa del producto.

PARÍS Y BERLÍN
Grand prix et Medailles d'Or

BELLEZA

No dejarse engañar y exijan
siempre esta marca y nombre
BELLEZA (Registrados)

DEPILATORIO BELLEZA Tiene fama mundial porque es in-
ofensivo y lo único que quita de
raíz, por fuerte que sea, el vello y pelo de la cara, brazos, etc., sin perjudicar
el cutis, por delicado que sea. Resultados rápidos, prácticos y sin molestia
ninguna.

Es el ideal RHUM BELLEZA Fuera canas
A base de nogal. Basta unas gotas durante pocos días para que desaparezcan
las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección.
Usándolo una ó dos veces por semana, se evitan los *cabellos blancos*; pues,
sin teñirlos, les da vida y color. Es inofensivo hasta para los herpéticos.
No mancha, no ensucia, ni engrasa. Se usa lo mismo que el *ron quina*.



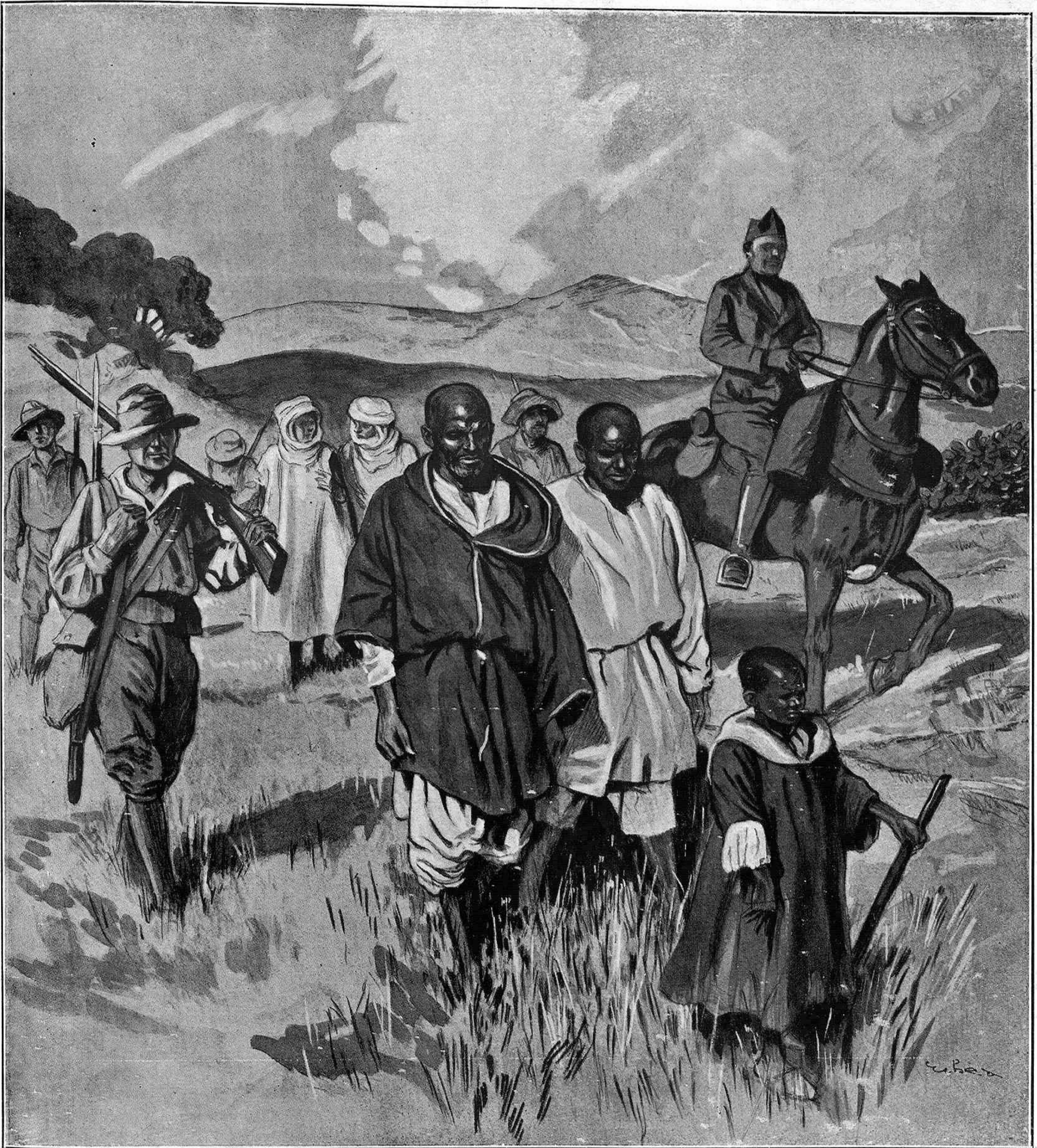
LOCION BELLEZA Para el cutis. La mujer y el hombre deben
emplearla para la juventud natural del ros-
tro y firmeza de los pechos en la mujer. Las personas de rostro envejecido ó
con *arrugas, granos, erupciones, barros, pecas, asperezas, manchas, etc.*,
á las 24 horas de usarla la bendicen. Evita el crecimiento del vello. Es in-
ofensiva. Delicioso perfume.

TINTURAS WINTER Marca Belleza. Basta una sola aplicación
para teñir en el acto las canas. Sirven
para el *cabello, barba y bigote*. Se preparan para *castaño claro, castaño
oscuro y negro*. Dan colores tan naturales é inalterables, que nadie nota su
empleo. Son las mejores y las más prácticas.

CREMAS marca BELLEZA (liquida ó en pasta espumilla). Blan-
cura, hermosura y conservación del cutis,
sin necesidad de usar polvos. Son deliciosas é inofensivas (blanca ó rosada).

POLVOS BELLEZA (selectos é higiénicos) Por su calidad
superfina, dis-
tinguido perfume y adherencia al cutis, son los mejores que existen. Se venden Blancos,
Naturales, Rosados y Rachel.

De venta en perfumerías de España, América y Portugal.—En Buenos Aires, Aurelio García, calle Florida, 139.—En Habana, droguería de Sarrá.
FABRICANTES: Argenté, Costa y Cía., Badalona (España).



Dos "pacos" y un "paquito"

DIBUJO DE ECHEA

Los «pacos» ó tiradores aislados que, ocultándose en las escabrosidades del terreno, detrás de una chumbera ó de un tapial medio derruido, procuran asesinar á mansalva á los soldados que guarnecen blocaos y posiciones, merecen mayor execración y se hacen acreedores á más severa justicia que los enemigos que luchan en campo abierto y frente á frente. De ahí que la captura de esos combatientes aislados y traicioneros suponga casi siempre el castigo ejemplar y rápido de un número incontable de fechorías y crímenes.

El lápiz del artista ha fijado el dramático episodio de una de esas capturas en los territorios que van pacificando nuestras tropas.

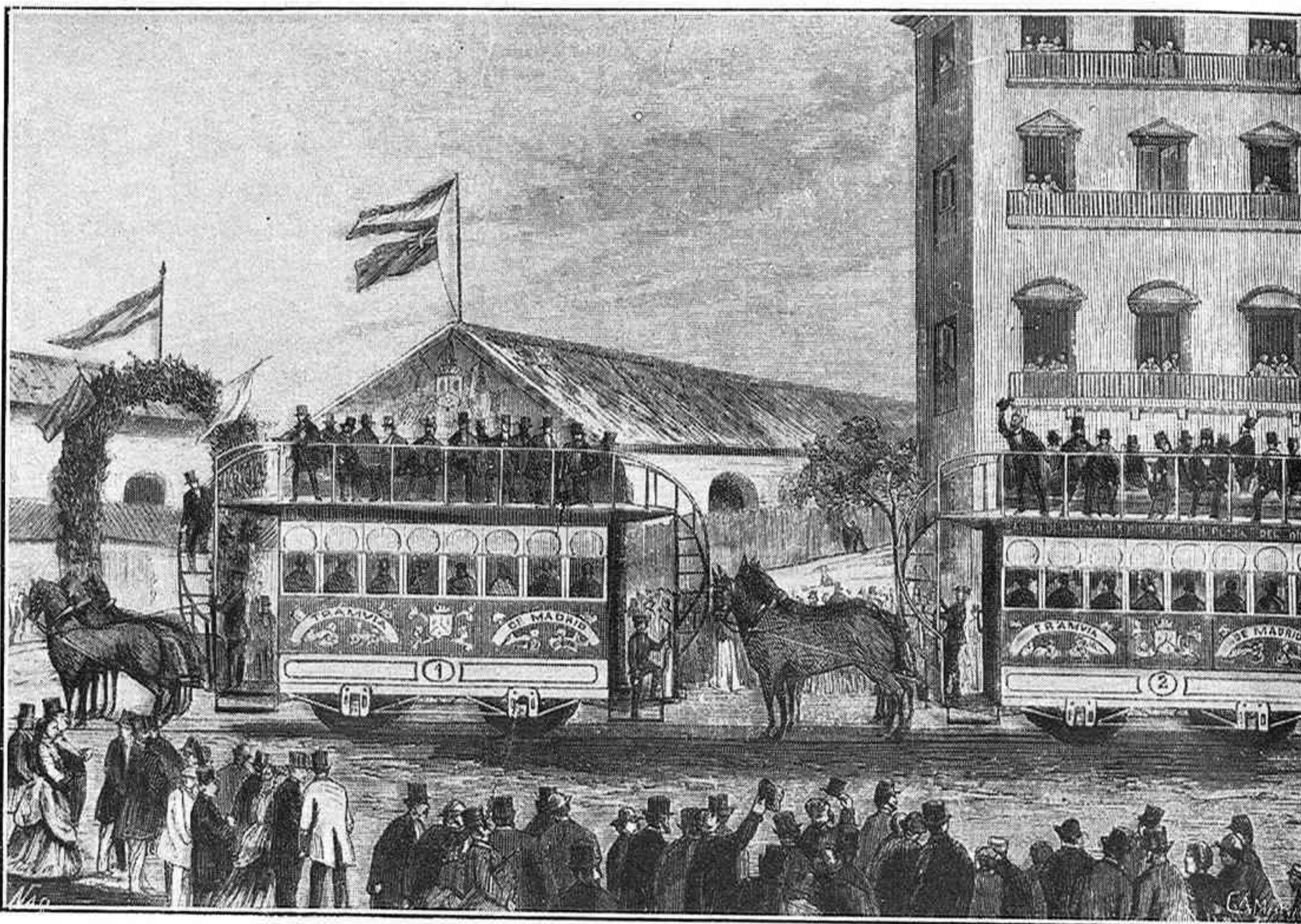
DE LA VIDA QUE PASA

EL URBANO TROPEL

ESTA pequeña gran capital que se llama Madrid ha empezado ya á sentir el malestar del hacinamiento y de la confusión aturdida. Todo el mundo repite la misma frase paradójica: «Esto es demasiado grande para ser tan chico.» En verdad, la capital de España ha seguido en su desarrollo una pseudo ley maltusiana; ha visto crecer su extensión en proporción simplemente aritmética y su población de un modo geométrico; es decir: que para medir su aumento material de edificación y medios de vida, basta la primera regla del cálculo numérico, y para apreciar el desarrollo de las legiones de su hormiguero, casi son precisos los logaritmos. Todo escasea, todo es de difícil adquisición, comenzando por la vivienda, y muy pronto llegará el día en que decir que se ha permanecido un mes en Madrid vendrá á ser como el alarde de la realización de una hazaña, y ella será comentada en provincias con la misma estupefacción con que los ciudadanos de Atenas decían de sus compatriotas afortunados: «Ese mancebo ha estado en Corinto.»

Madrid se parece á esos hoteles de tercer orden de las ciudades comerciales en tiempos de ferias, en donde es preciso dormir en los desvanes ó tal vez en mitad de los pasillos; en donde no es posible reposar tranquilo ni encontrar servicio alguno en su punto y hora, y en que, á vueltas de tropiezos, de apreturas, de enfados y de incidentes de *vaudeville*, sólo hay una cosa holgada: la cuenta.

Pese á nuestra vanidad cortesana, si regresaran á Madrid los que lo visitaron hace cincuenta años, no lo encontrarían tan cambiado como ciudad cual suponen los que no vivieron por aquella época. Hallarían algo ensanchada la antes recta y ahora tortuosa calle de San Miguel; verían un enorme espacio lleno de escombros donde estuvo la de Jacomé Trezzo; se sorprenderían al encontrar en el ensanche quinientos edificios nuevos, la mayor parte de gusto dudoso, y acabarían preguntando en dónde estaba el nuevo Madrid. Todo en su tiempo estaba ya trazado, concluido en el interior, y en las afueras á medio acabar; pero no podrían explicarse en dónde se metía de noche la enorme multitud que embaraza el tránsito y hace la permanencia en las calles verdaderamente angustiosa.



Madrid.—Inauguración del tranvía de tracción animal en el año 1875
(Dibujo publicado en *La Ilustración Española y Americana*)

Hay quien considera tal hacinamiento como una evidente señal de progreso, alegando que un desarrollo análogo é hidrocefálico han sufrido todas las naciones del mundo; pero hay quien recuerda también que la hidrocefalia es signo de degeneración y que, desde que existe el universo, *a mundo cognito*, los seres vivos han sentido inclinación á la vida campestre y que todos los animales sólo se agrupan en sus encierros ante la proximidad de una catástrofe.

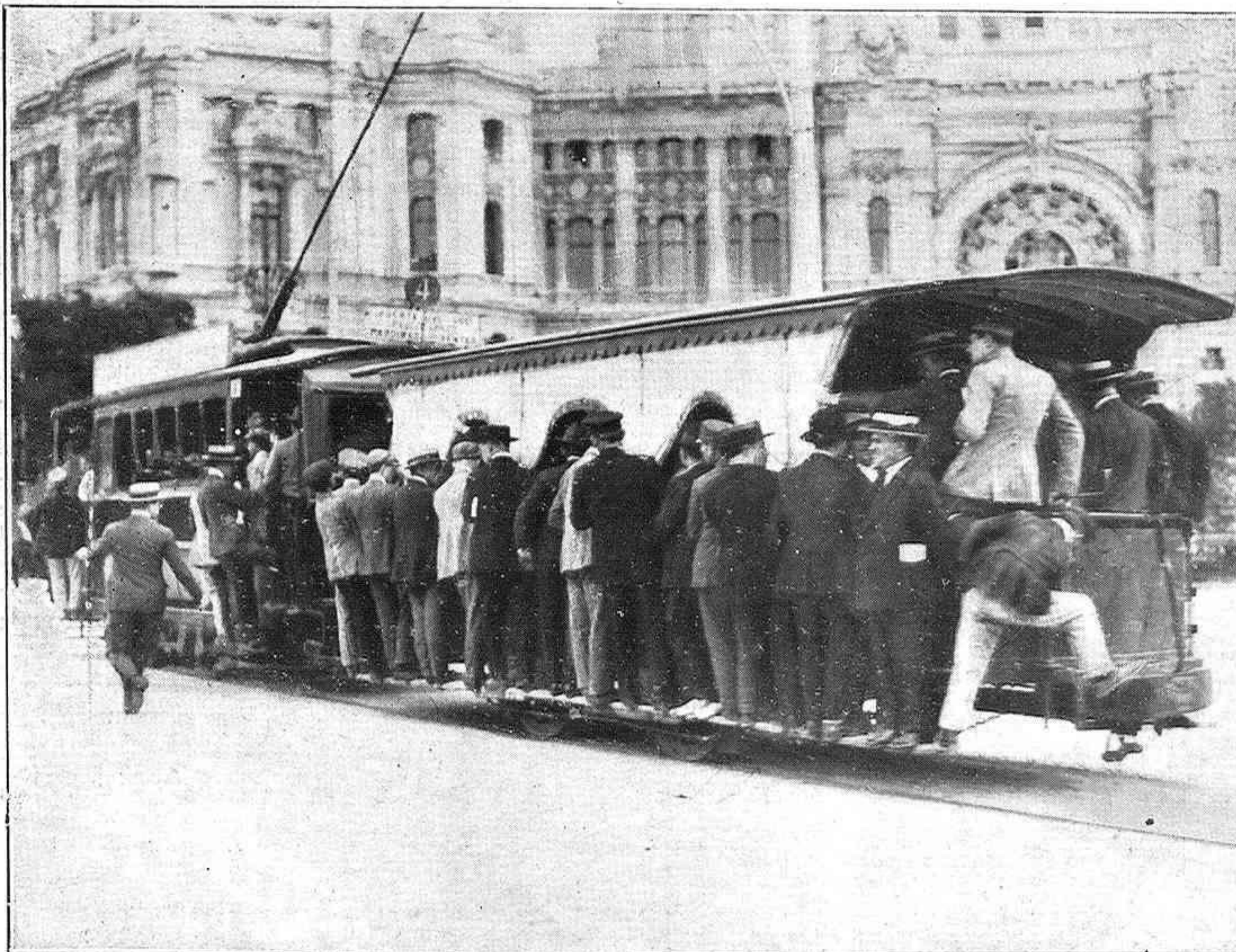
Confesemos que nos sentimos disgustados en este ambiente de colmena, que nos asfixia, nos empuera y nos asquea de nuestros honrados semejantes. Buscad una estampa cualquiera de *La Ilustración* de los años 60 al 80, que represente algún suceso ocurrido en Madrid, y veréis que de cada cien personas que en ella aparecen ochenta cubren su cabeza con el reluciente sombrero de copa, que no usaban ya á la sazón sino las personas bien acomodadas. Contemplad ahora la salida de la puerta del Sol de algunos tranvías y de la gente que llena sus plataformas, y decid si hay ó no diferencia entre viajar como personas ó amontonarse como reses, y si se ha perdido ó no, en general, el gusto de la indumentaria, como se han perdido el barniz de las portadas de las tiendas, los arcos voltaicos y la costumbre de ceder los asientos á las señoras y á los niños.

¡Oh, Brujas la muerta, la ciudad amada de Rodembach, la de los canales sombríos y de las callejas cercadas en que parece vibrar el eco de la campana sumergida! ¡Oh, Toledo vetusta, de los rincones legendarios, en donde el son de nuestros pasos resuena acompañado, como el de un péndulo cuyo ruido mide el acercamiento á la eternidad! ¡Oh, vosotras todas, ciudades viejas castellanas y aragonesas, Huesca, Soria, Avila, Burgos, Palencia, Segovia, en cuyos recintos es posible evocar las magnificencias pasadas y los ensueños que habrá de frustrar el futuro! ¡Cómo se os recuerda en este alborotado y repulsivo dédalo, en esta Babel en donde son seguras todos los días la grosería y la catástrofe! Pero vosotras también iréis cambiando; os acometerá la fiebre del hormiguero, perderéis vuestro carácter inconfundible y acabaréis por ser un suburbio más.

Pero, ¿á qué lamentarse en vano? Es gastar inútilmente tiempo y magín: *oleum et tempora perdere*.

Hay que resignarse á vivir en rebaño, á ser atropellado, á comer mal, á vivir peor, á ver cómo los seres humanos todo lo sofistican, todo lo corrompen, todo lo hacen repugnante y feo, y cómo se amontonan en zahurdas, se ochan en los vehículos de transporte unos encima de otros, igual que sacos de legumbres, se aborrecen, se injurian y se matan.

¡Todo eso dicen que es el progreso!



Madrid.—Aspecto de un tranvía eléctrico con remolque á cualquier hora del día

FOT. CORTÉS

ANTONIO ZOZAYA

CUENTOS DE "LA ESFERA"

EL FINADO

El buen D. Joaquín era, según su mujer, el modelo de los maridos. En veinte años de casados no le había dado el más pequeño disgusto.

Ni una noche pasó fuera de su casa, ni fué al teatro sin ella, ni dejó de acompañarla una tarde en sus paseos y sus visitas. No tenía un vicio, ni siquiera fumar. Se levantaba temprano, pasaba el día trabajando y venía á la tarde á su casa para no separarse de su mujercita. En los frecuentes viajes que sus negocios le obligaban á hacer, le escribía todos los días, y siempre le traía una multitud de regalos, que testimoniaban el constante recuerdo.

Ella había aportado el capital al matrimonio, pero había hallado la felicidad en aquel hombre trabajador y delicado, que aumentaba y duplicaba la fortuna. A veces tenía ella miedo de aquel lujo que la rodeaba, y solía decirle:

—Cuidado, Joaquín. Me parece que gastamos demasiado.

El la respondía tiernamente:

—No te preocupes, Adelita mía, que yo trabajo para que no te falte nada. Todo me parece poco para ti.

Por eso era tan agudo su dolor por aquella muerte repentina, inesperada, que le robaba aquel marido incomparable.

—¿Quién lo había de decir? ¡Un hombre tan fuerte, tan joven, tan lleno de vida!...

Había llorado inconsolable al lado del cadáver, hasta que á viva fuerza sus amigas la sacaron de la cámara mortuoria. Rendida, agotada de tanto chillar, llorar y desesperarse, casi le faltaron fuerzas para redoblar los gritos en el momento de sacar al muerto de la casa. Se daba cuenta, con indignación, de que en el fondo de su espíritu existía el deseo de dar ya por terminado todo aquello y poder descansar.

Así es que agradecía el entrometimiento de todas aquellas amigas y vecinas que estaban á su lado, disponiendo, dando órdenes y comentándolo todo.

—Yo me voy á venir aquí una semana con usted, para que no se quede sola—decía una.

—Es preciso distraerse—decía otra—. Me la voy á llevar, quiera que no, unos días á mi casa de Alicante.

—¡Lo bueno se lo lleva Dios!—suspiraba una vieja—, y no á tanto pillo como hay de sobra en el mundo.

—Por lo menos—agregó otra dama—le puede quedar el consuelo de que no le ha faltado nada.

—Ni antes ni después de muerto—saltó la primera—. El entierro ha sido como el de un príncipe. Hubiera querido que lo pudiese usted ver, D.^a Adela. ¡Qué plumeros! ¡Qué paños de terciopelo con franjas de oro, y qué cajón de ébano chapeado de plata!

—Todo se lo merecía él—gimió la viuda—

Es lo último que podía darle y el único consuelo que me queda.

Hacía un esfuerzo para hablar, sintiendo que la abandonaban las fuerzas y que el dolor cedía plaza al cansancio. Estaba allí sentada, arropada con chales negros, en medio de todas aquellas mujeres que charlaban y la aturdiaban, de manera que ya no se daba exacta cuenta de nada, en un estado de atontamiento.

Así es que cuando volvió la comitiva del duelo, y uno de los amigos le hizo entrega, con un conceptuoso discurso, de la llave de la caja, diciendo que ya reposaba en su última morada, Adelita, sin saber lo que decía, preguntó mecánicamente:

—Y... ¿llegó bien?

El otro, desconcertado, repuso con vaguedad:

—Sí. Bien, muy bien. Gracias.

En este momento apareció la cocinera:

—Es preciso que la señora tome algo: una tacita de caldo, un poco de pollo..., unas cocoretitas.

Adela rechazó la propuesta, agradeciendo en el fondo de su corazón la insistencia de sus amigas, porque, á pesar de la pena, la vida gritaba en su estómago reclamando con fuerza sus derechos, y sentía un apetito feroz.

Se impuso una de las vecinas:

—¡Vaya! Usted tomará lo que yo le dé. No hay que ofender á Dios con exageraciones.

—Hay que resignarse—dijo otra—. Lo ha hecho quien puede. Que no nos mande todo lo que podemos sufrir.

—Para sentir es menester comer—intervino la cocinera.

Y allí mismo, sobre sus rodillas, le hicieron tomar el primer alimento, después de su desgracia, pareciéndole el bienestar que experimentaba una infidelidad, que atenuaba mojando en lágrimas los manjares.

Todos salieron edificados de allí y conmovidos por el espectáculo de su dolor.

Desde entonces Adelita adoptó la posición de viuda inconsolable. No quería ocuparse de nada, ni ver cuentas; no tenía hijos y habían hecho testamento en favor uno de otro. Su vida toda era para recordar, para hablar de su Joaquín, poniendo siempre adjetivos: «Mi Joaquín de mi alma», «Mi adorado Joaquín, que de gloria goce», «Mi Joaquín, que esté con Dios».

Era ya un goce morboso su dolor. Nueva Artemisa, se había envuelto en crespones flotantes; estaban enlutados espejos y retratos, y no pensaba más que en ir al cementerio á llevar flores, encargar coronas, tratar de hacer un mausoleo y decirle centenares de misas y responsos, aunque seguramente un santo como él no los necesitaba. Estaban enlutados los criados, los porteros, hasta los caballos del coche, y la viuda y la servidumbre tenían que reunirse á rezar el rosario todas las noches.

—Para mí se han acabado teatros, paseos y diversiones. No espero más que la hora de reunirme con mi Joaquín de mi alma—solía decir.

Fué un brusco despertar del sueño venturoso de su dolor aquel aviso del Banco Hipotecario invitándola á cumplir los compromisos contraídos por su esposo.

Tuvo que desviar la vista de la tumba y del recuerdo para atender á las exigencias de la vida. Adelita vió con terror que estaba casi arruinada. ¿Y todos aquellos trabajos de su marido? ¿Y el estado brillante de su fortuna? No podía cerrar los ojos á la realidad. Había vivido engañada durante veinte años. Su marido pasaba los días en alegres meriendas con sus amigas, mujeres de las más alegres de Madrid; sostenía con el mismo lujo que ella gastaba otras tres ó cuatro casas, y sus viajes eran siem-



pre acompañado de alguna muchacha bonita. En la busca de papeles aparecían cartas, cuentas pagadas á modistas, joyeros y mueblistas... Y todo aquello había salido de su dinero, de la venta ó la hipoteca de sus fincas, abusando de su ciega confianza y continuando su comedia de hipocresía.

Ante aquella revelación del engaño, Adelita sintió que Joaquín moría en su alma. No había muerto hasta entonces. Su naturaleza genérosa y confiada se revolvió en la protesta, de manera que el amor se convertía en odio y el dolor en desprecio.

Se acabaron las visitas al cementerio; se acabaron las misas y los rezos. Sin pensar en qué dirían las gentes que la viesan, tiró lejos de sí las tristes ropas de viuda y no se ocupó más que de atender á sus negocios, de hablar con abogados, de buscar administrador, de salvar los restos escasos de su gran fortuna.

Con mucho esfuerzo apenas logró reunir lo suficiente para crear una pequeña renta que le permitiera vivir decentemente. Fué preciso vender el coche y cambiarse de su lujosa casa á otra vivienda más modesta. Entonces se sintió feliz, dueña de sí misma, libre del peso del recuerdo de un muerto, emancipada.

En la casita pequeña, riente, sin luto, no había ni un solo retrato de su marido, ni un solo objeto de los que le habían pertenecido. Era en ella todo alegre, todo nuevo, como un alba que clarea, toda llena de linones y encajes blancos, con transparentes rosa, muy vulgares y muy agradables, con esa evocación de niño recién nacido que tienen los encajes blancos y los visos rosados.

Ella se peinaba, se perfumaba, se vestía con un ansia de vida y de placeres, que le hacían andar todo el día de acá para allá, en «cines», teatros, visitas y paseos, sin hacer caso de la crítica de las amigas, que empezaban á llamarle *la viuda alegre*.

No volvió á nombrar más á su marido, no sólo suprimiendo los adjetivos tiernos, sino que suprimió el nombre. Nada ya de «Mi Joaquín de mi alma», ni de «Mi adorado Joaquín», ni de «searle paz, gloria y reposo». Ni siquiera le llamaba ya *Joaquín*, en el rencor que le guardaba en su alma, por aquella estafa de su buena fe y de su sentimentalidad; no podía articular su nombre, presa de honda repulsión. Así, cuando tenía que nombrarlo, por alguna circunstancia ineludible, se limitaba á decir con el tono más despectivo posible: *El Finado*.

Era la palabra que daba más exacta idea del fin de todo; de cómo había desaparecido, olvidado para siempre, el difunto; de cómo había dejado de ser por completo. Nunca lo volvió á designar más que con esas dos palabras: *El Finado*.

CARMEN DE BURGOS

«Colombino»

DIBUJOS DE ECHEA



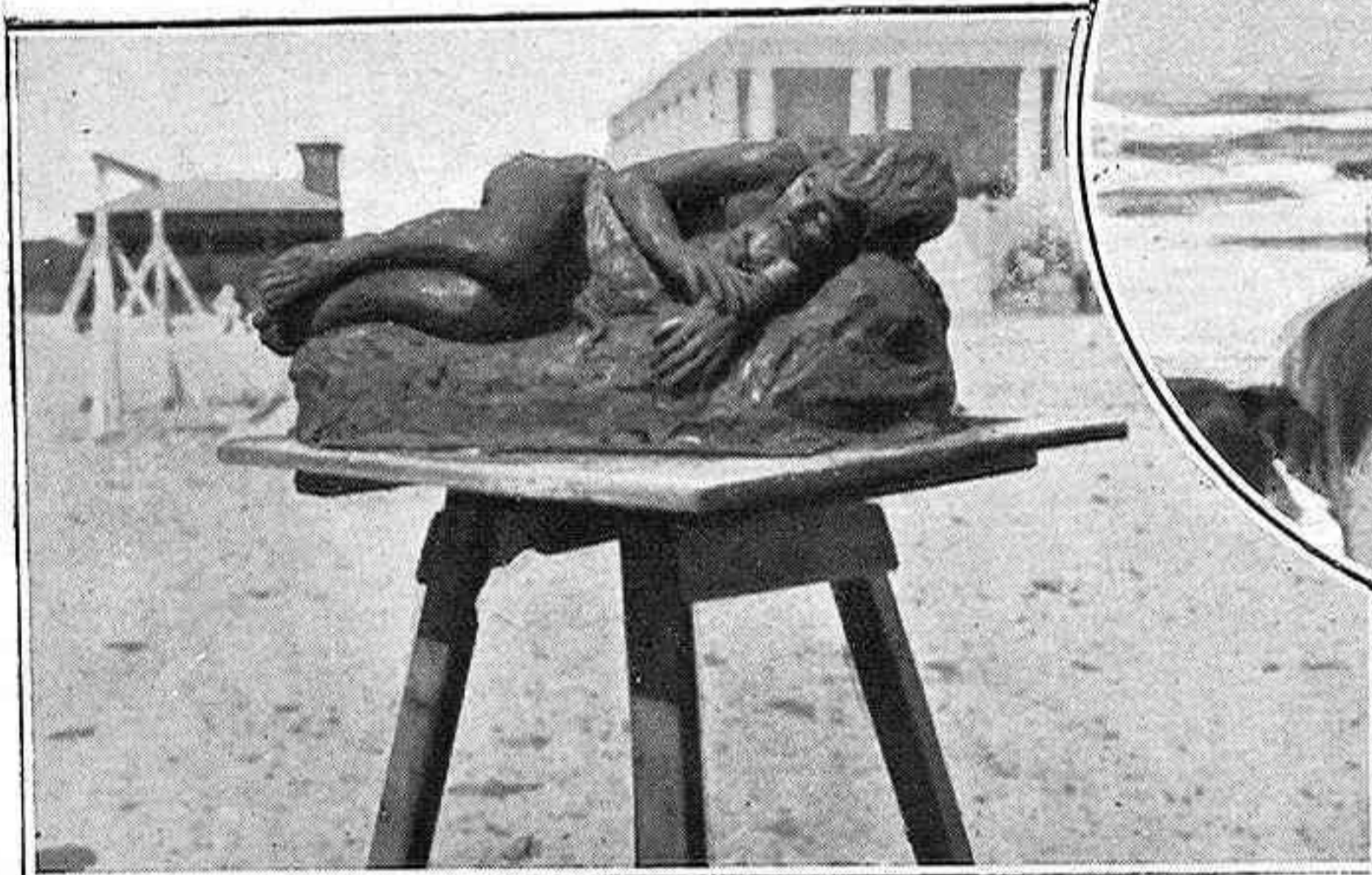
Mariano Benlliure y el bañero escultor

Vi en la galería del *restaurant* de las Arenas, que parece, cuando el mar se encrespa y el viento resopla, el comedor de un gran vapor transatlántico, á Mariano Benlliure. Fué, como acostumbra, á las ferias de Valencia. Hablamos. ¿Y de qué se habla con este juvenil artista si no es de arte?

—Gracias á usted—le dije—he podido, al fin, ver los Goyas de la capilla consagrada en la Catedral á San Francisco de Borja, el duque de Gandía, el marqués de Lombay, asunto propicio, por su conversión, á la poesía y la pintura.

Satisfizo el recuerdo al ex director de Bellas Artes, quien se mostró muy reconocido á la bondad y la ilustración del difunto arzobispo señor Salvador y Barrera, que le hizo caso y le autorizó para que quitara de los confesonarios los altos copetes que impedían la contemplación de los cuadros de Goya. Parece sencillo, ¿verdad? Pues ha costado muchos años y gastos, tinta y saliva el conseguirlo. Rutinas, prevenciones, manías...

Mariano Benlliure es entusiasta de Goya. Quitó á los cuadros las cornisas de los confesonarios y pugnó por salvar de la destrucción por el humo la cúpula de la graciosa ermita de San Antonio de la Florida. No lo consiguió. También las rutinas, la preocupación y las manías impiden la conservación de los milagros de San Antonio. La ermita es parroquia, y el obispo de Madrid no quiere, sin tener otro templo parroquial, dejar San Antonio de la Florida para ermita, para sepultura de Goya, para estudio de los milagros. Y milagro va siendo que las pinturas de la cúpula existan todavía. Cada novena á San Antonio, los humos de los incensarios las ennegrecen y borran. ¡Señor ministro! ¡Señor subsecretario! ¡Señor director general de Bellas Artes! La Academia de San Fernando, el Ayuntamiento, Centros, Asociaciones, la Prensa, aquel Alejandro Saint Aubín, que valía por un periódico, los diputados por Madrid... ¡Como si nadal El Sr. Prado Palacio llevó el cadáver de Goya de San Justo á San Antonio y lo sepultó allí. Los restos mortales del gran pintor no sirven



Una obra del escultor espontáneo Torrenti Iglesias

para preservar de la tenaz obra destructora las inmortales pinturas... ¡Qué lástima que no se pueda venderlas á los Estados Unidos! Se conservarían. Lejos de España, es verdad; pero más lejos están ennegrecidos, invisibles, condenados á desaparecer. Mejor es vender que borrar, que destruir, que dejar morir.

Cumplo la promesa hecha al insigne escultor, que conserva la gracia, la facilidad, cualidades que asombraban á los primeros admiradores del Cabañal. El busto de Domingo Marqués, que ha modelado Benlliure, atestigua la conservación de esas facultades lozanas, propias de la juventud. Mi promesa consistía en aprovechar todo instante para impedir que deje Madrid que le borren de San Antonio de la Florida las pinturas de Goya.

Me despedí de Mariano Benlliure, y al bajar la escalinata di en la playa de manos á boca con un bañero muy aficionado al arte de la escultura y con nativas condiciones para sobresalir, quizá, en esa arte bella.

—¿Conserva usted sus aficiones?

—¿Que si las conservo? Tengo un grupo



Fernán Torrenti Iglesias, el bañero escultor

que quiero enseñárselo á usted.

Fernán Torrenti Iglesias, que así se llama este espontáneo, ignorante artista, es primo de Tomás Iglesias, que hace de barro,

madera, piedra y bronce toros de lidia muy bonitos. Empieza este Tomás ahora en Madrid, por donde empezó Benlliure. Un día, hace años, que admiraba las obras de Tomás Iglesias, me encontré una figurilla modelada por su primo el bañero. Me asombró.

Por esto le pregunté al verle si conservaba su afición. La conserva. Cultiva su arte. Dibuja en la arena de la playa. Con la arena hace bustos, figuras. Lee cuanto cae en sus manos. Una señora le regaló un manual de Anatomía y se lo ha aprendido. Es inculto, pero inteligente. Necesita aprendizaje, disciplina, enseñanza. Tiene lo principal: vocación, aptitud y entusiasmo, lo que no se adquiere con matricularse en una Academia. Le falta lo que en Academias y estudios puede adquirirse.

Torrenti Iglesias es, durante el verano, bañero en el balneario de las Arenas; cerrados los baños, pasada la temporada, es pescador. Su cuerpo es de atleta; su estatura, mediana; su tez, bronceada; su mirada, vivaz é inteligente; no es tosco en conversación; antes, en modales y lenguaje, es fino, no servil. Habla bien el castellano. Tiene del artista la sensibilidad. Tras sí lleva siempre á un perrillo que salvó de la muerte. El grupo escultórico que me mostró demuestra ternura, dice sensibilidad que contrasta con el recio cuerpo del bañero y con su atezada cabeza de soldado romano. Un niño escuálido, un *vaquerillo* ó *golfillo* de playa, dormita á la orilla del mar con un perro entre los brazos. El rapazuelo descansa, y si duerme, sueña, porque sonrío. Su sonrisa es melancólica. En la composición hay poesía; el niño tiene alma, y alma tiene hasta el perro. Esto es lo más. Defectos de dibujo y anatomía hay muchos. Al ver esta figura es cuando una señora regaló al bañero escultor el epítome de Anatomía.

Una señorita, hada madrina de Torrenti, me excitó á publicar en LA ESFERA el retrato del artista y la fotografía de su obra. Obedezco gustoso.

¿Por qué no hacer con este bañero de vocación y entusiasmo artísticos lo que se hace con el obrero dotado por la Naturaleza de buena voz, ó con el *maletilla* que torea, se *arrima* y promete ser, si le dan la mano, un diestro, un astro tauromáquico?

En Valencia se dan artistas como flores; acaso la abundancia robe interés al hallazgo. No es, ni aun allí, caso vulgar el de un bañero en verano y pescador lo demás del año con aptitudes para el arte de la escultura. ¿Por qué no educarle? ¿No habrá quien le liberte de su profesión para darle las enseñanzas que necesita? Celebraría que este pobre artículo sirviera para estimular á los ricos á una obra bienhechora.

ROBERTO CASTROVIDO

El sueño de la Cenicienta

La niña lloraba
con justa razón,
pues mientras estaba

igual que una esclava,
en regio salón
su hermana danzaba
de la orquesta al son...

Duermióse, por fin...
¡Y quién lo creyera!...
Soñó que un chapín

de vaso y cristal
perdió en la escalera
del salón real...

Francisco DILLAESPESA

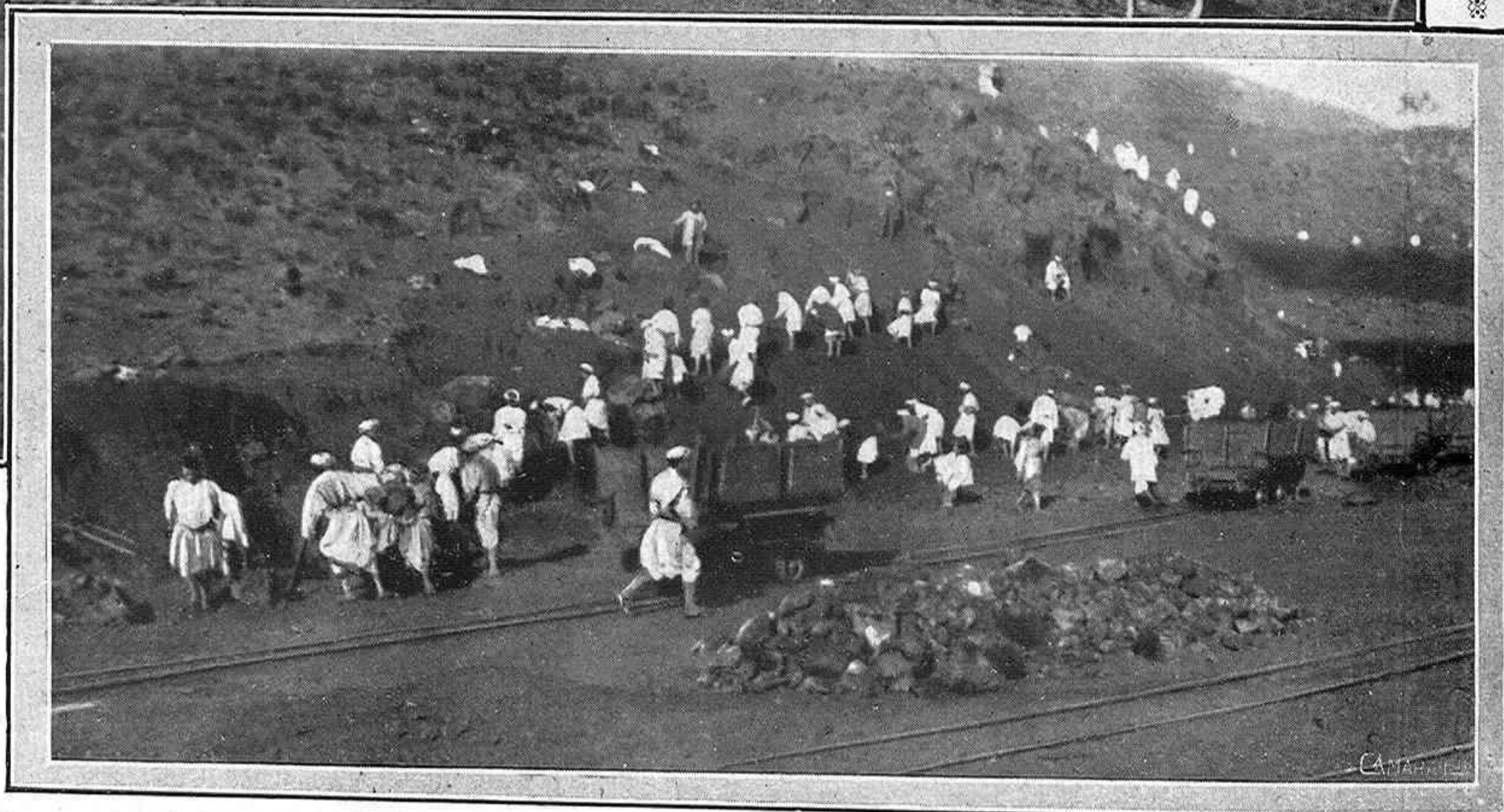
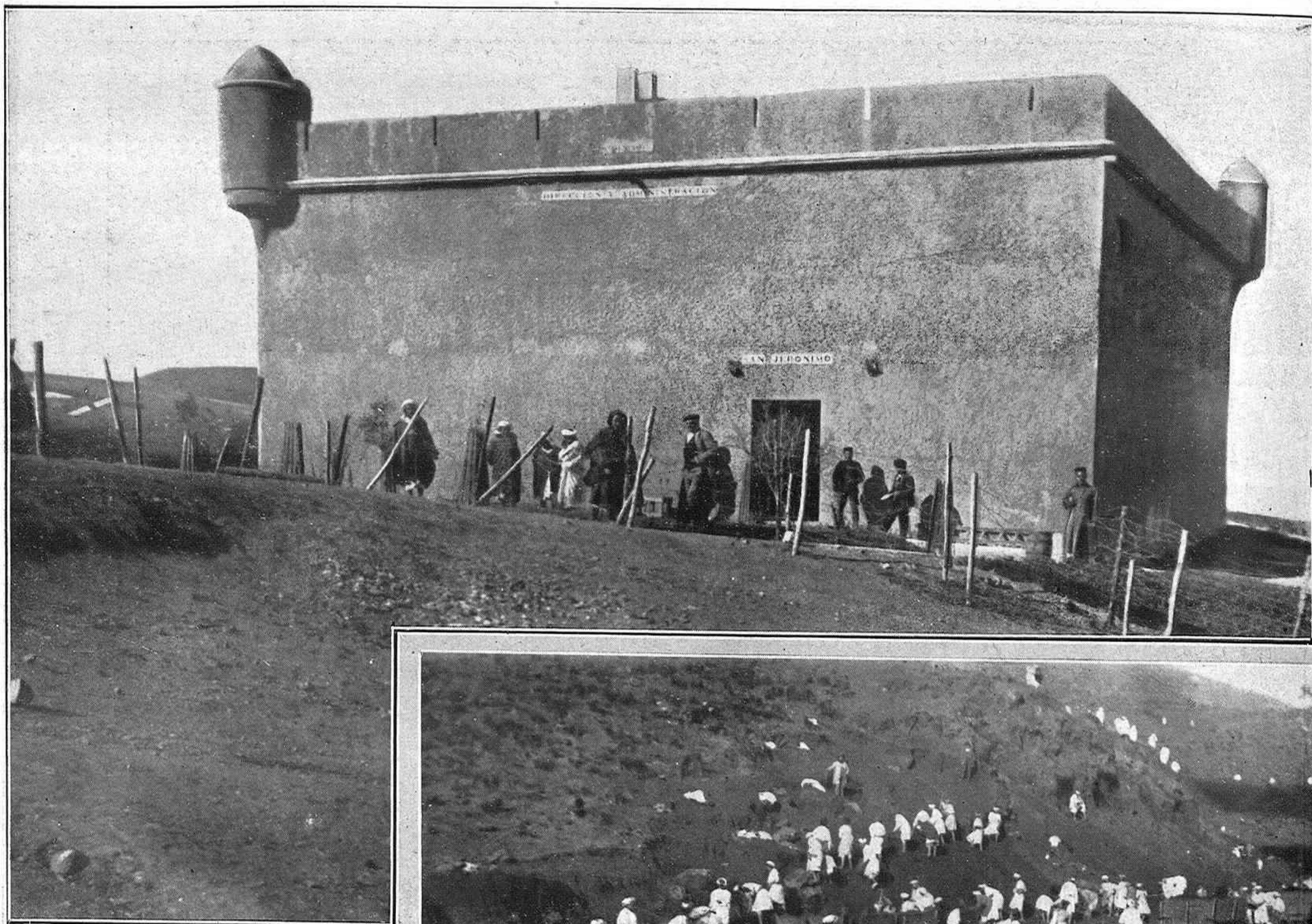
CONDUCCIÓN DE HERIDOS DE LA GUERRA



He ahí uno de los cuadros más llenos de emoción que ofrece la guerra: la conducción de heridos desde la línea de fuego al hospital de sangre más cercano. Cuadro de dolor y de sufrimiento, pero también de silencioso heroísmo y de cristiana abnegación, que si despierta y acicata los sentimientos compasivos, acreciendo nuestro amor al combatiente y enfervorizándonos en el deseo de contribuir al alivio de sus males, nos llena de admiración sin límites hacia esos otros soldados, los bravos sanitarios, cuya principal misión es la de arrebatar los ensangrentados cuerpos de sus hermanos de armas, alejándolos del campo de batalla, á la insaciable ferocidad rifeña.

FOT. CAMPÚA

EN LOS MONTES DE BENI-BU-IFRUR

*Las minas del Rif*

DEJANDO atrás el pueblo de Nador, entre las huertas que bordean la dormida llanura de Mar Chica y á la izquierda los caminos de hierro que conducen á Zeluán y Monte-Afra, el tren minero de la Sociedad Española nos lleva—es de suponer que en breve reanude su servicio—primeramente á Sebt y Segangan, al fin de la escarpada roca de Atlaten, y en fin hasta el poblado de San Juan de las Minas, punto de término de este ferrocarril, que comienza en el puerto de nuestra vieja plaza africana. El paisaje es hosco y árido, como todo el Rif. Los montes Tidinit, Uixan y Axara forman alto horizonte sinuoso que se resuelve en la llanura de Bu-Areg; pocos retazos de cultivo poren sus notas verdes sobre el pardo terreno, y algunos míseros aduares, color tierra también, se delatan apenas en la lejanía al amparo de apretadas chumberas. Estamos ante la Sierra de Beni-bu-Ifrur, solar de la kabila más indómita y montaraz de toda Guelaya.

San Juan de las Minas, como anuncia su nombre, es un poblado que creó y mantiene la explotación minera enclavada en las estribaciones de Uixan, donde bajaban en continuo desfilé, durante los días de paz, las vagonetas del cable aéreo colmadas con el pardo mineral de hierro hasta depositarlo en las tolvas del ferrocarril. Para llegar á los tajos de la mina, donde antes del desastre de Julio trabajaban más de seiscientos indígenas bajo el fuego del sol africano, es preciso subir varios kilómetros de un camino empinado y tortuoso, bordeado de barrancadas secas, entre cuyas rocas no es raro aperebir las inquietas figuras de chacales no mayores que perros.

Próxima á las canteras, á los planos inclinados y al cargadero del cable, se alza la casa

Casa-officina de las minas del Rif, donde habitó Abd-el-Krim durante el combate de Sebt y toma de Atlaten. Obreros indígenas trabajando en las canteras de Monte-Uixan

«San Jerónimo», oficina de la explotación, cuya situación especial y las vicisitudes algunas tan recientes por que ha atravesado justifican la arquitectura de fortín adoptada para su construcción. Sus muros de piedra aspillerados, su férrea puerta de sólido cierre, la corona de almenas del terrado y la espesa alambrada que circunda todo el edificio, dicen las inquietudes, las sorpresas, los dramas que constituyen desde sus orígenes la historia de esta trágica empresa minera.

Una incidencia de la campaña ha puesto de actualidad en los días últimos la casa-fortín «San Jerónimo». Según las referencias de los corresponsales, en ella tuvo establecido su cuartel general el jefe de la harka, Abd-el-Krim, durante la reciente batalla de Sebt, y en ella habitó con sus lugartenientes y servidumbre hasta que la toma de Atlaten por nuestros soldados le obligó á regresar desalentado hacia sus dominios de Beni-Urriaguel.

Probablemente, á la hora en que vean la luz estas líneas, nuestras avanzadas habrán tomado nuevamente posesión de los ricos montes de Beni-bu-Ifrur, y como otras avanzadas de la civilización y del trabajo que vuelven por sus fueros, los ingenieros y capataces de la Sociedad

Española volverán á hacerse cargo de sus canteras, máquinas y edificios, por lo menos en cuanto de este material se haya salvado de la rapacidad ó del salvaje instinto del rifeño, que á destruirlo ha dedicado la inmensa cantidad de explosivos almacenados en la mina para auxiliar los esfuerzos del hombre y arrancar á la montaña sus riquezas. Mucho es de temer que todas las construcciones mineras del Uixan sólo sean ya montones de escombros; pero sobre sus ruinas, y obedeciendo á una ley inmutable contra la que nada puede la vesania destructora de unas tribus fanáticas, se levantarán luego las nuevas construcciones, otros hombres y otras familias substituirán á los que fueron inmolidos, y nuevamente, en un plazo próximo, la sucesión de vagonetas del transporte aéreo bajarán cada día de la montaña al valle el óxido de hierro destinado á alimentar lejanos hornos altos y á ser finalmente palas y picos, rejas de arado, máquinas, herramientas... Y también, cuando sea preciso, sables, fusiles y granadas que reduzcan la hostilidad de las razas guerreras y abran paso á la obra civilizadora dondequiera que sean desoídas sus predicaciones de fraternidad y de trabajo.

R. D. C.

LA INFANTA DOÑA LUISA EN MELILLA



S. A. R. la Infanta doña Luisa de Orleans visitando las tumbas de los soldados muertos en la actual campaña y enterrados en el Cementerio de Melilla

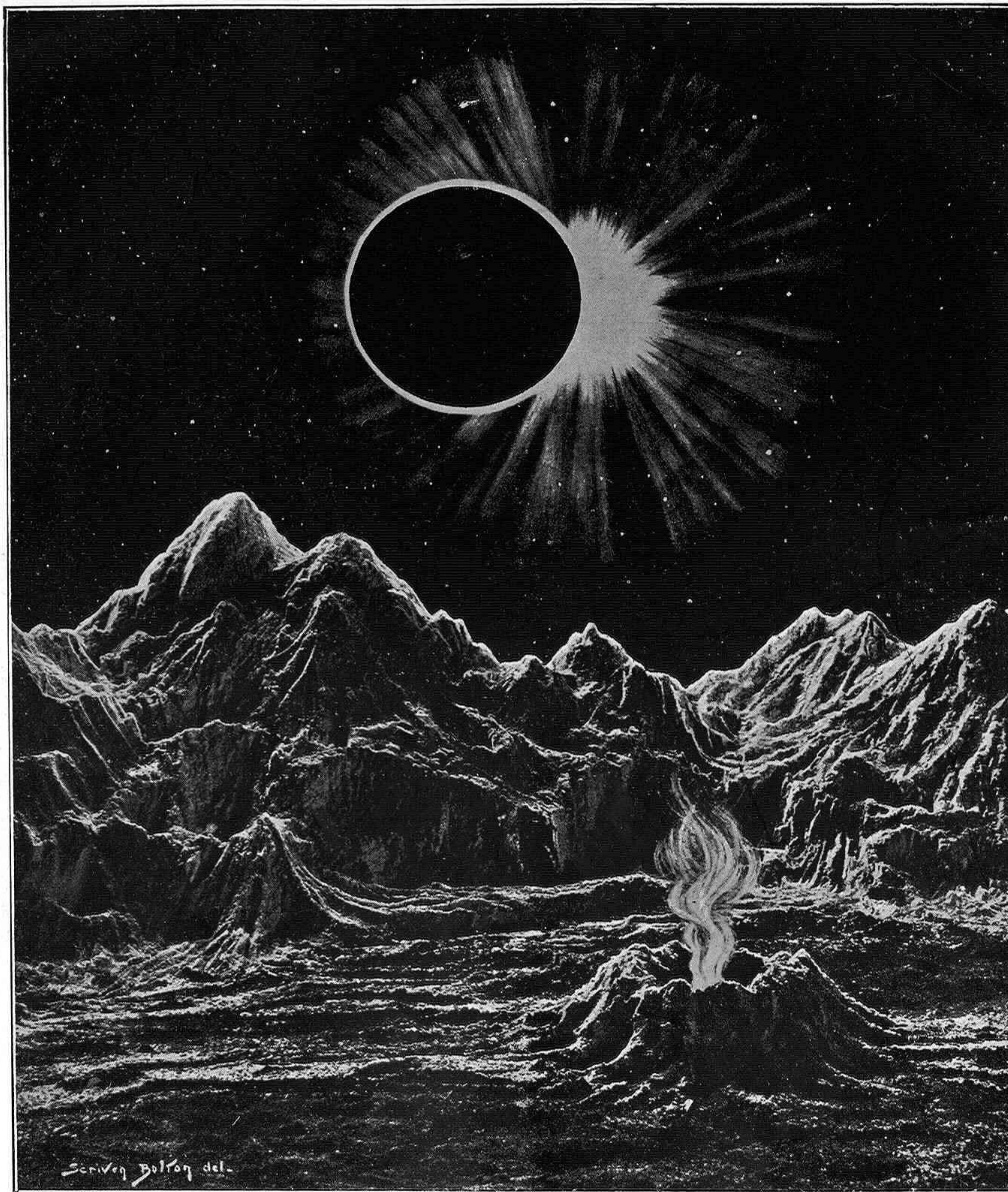
Nota en alto grado interesante del homenaje de cariño y de duelo rendido por la población de Melilla el día de Todos los Santos á los héroes de la campaña, fué la visita de S. A. R. la Infanta doña Luisa á las tumbas de los oficiales y soldados muertos en la campaña. Mientras una numerosa Comisión de damas enfermeras de la Cruz Roja arrojaban flores sobre las sepulturas de los que fenecieron por España, la augusta esposa del Infante don Carlos depositó una soberbia corona de flores naturales en el panteón de los héroes. Nuestra página recoge esta nota conmovedora, así como la visita hecha por S. A. R. á la trágica posición de Monte-Arruit.



La Infanta doña Luisa al llegar á la posición de Monte-Arruit, hablando con los generales Neila y Cabanellas

FOTS. DÍAZ

LA LUNA NO ES UN MUNDO MUERTO



Un paisaje lunar, con evidentes señales de vegetación, en el cráter de Eratóstenes, y que ha sido trazado con arreglo á la novísima teoría del astrónomo Pickering

GRAN sensación han producido en el mundo científico las nuevas teorías del sabio astrónomo Pickering, según las cuales la Luna podrá ser un astro en su vejez extrema; de ninguna manera un astro muerto, como venía afirmando la Ciencia. Demuestran, en efecto, las observaciones de Pickering que, por lo menos en el cráter de Eratóstenes, uno de los mayores de la convulsionada superficie de nuestro satélite, hay una extensa mancha de vegetación de unos setenta kilómetros de diámetro.

El adjunto dibujo imaginario, trazado por un eminente colega de Mr. Pickering y publicado por una revista londinense, concreta gráficamente la explicación de las novísimas teorías selenitas. En el centro del cráter, y de un cono volcánico de 500 metros de diámetro, aproximadamente, surge una columna de vapor. El reciente eclipse de Luna, ocurrido el 16 de Octubre último, hállase presentado tal y como hubiera sido visto por un habitante del satélite. La obscura masa de la Tierra pasa delante del Sol y dificulta que la luz de éste llegue á la Luna. Las modificaciones lunares que el profesor Pickering atribuye á desarrollo de extensiones vegetales tienen por base ciertas manchas negras tem-

poralmente observables con el telescopio en la superficie del satélite. Ese desarrollo es con frecuencia impedido por un fenómeno semejante á copiosas nevadas. Asegura Pickering que dos de los conos volcánicos existentes en el cráter de Eratóstenes tienen erupciones periódicas de humo ó de vapor, siguiéndose á dichas erupciones un acrecimiento bien manifiesto en las manchas de vegetación hipotética. La mayor intensidad de estas manchas es alcanzada en el espacio de un día lunar, cuya duración es de catorce días terrestres. De modo que la rapidez del crecimiento vegetal en la Luna corre parejas con el de nuestras setas y hongos, plantas cuyo completo desarrollo se verifica en doce horas. Admitida por Pickering la presencia de tales manifestaciones de vida en las cercanías de uno de los grandes cráteres lunares, no es aventurado conjeturar que se extienda á otras regiones del astro, y á comprobarlo tienden las observaciones del famoso astrónomo. Pero, ¿quiere ello decir que también posee la Luna habitantes? Sería ir muy adelante por ahora en las hipótesis. Baste con lo supuesto por Pickering para considerar su descubrimiento como uno de los más interesantes de la ciencia moderna, y á ese título lo recogemos en la presente plana.



Calló un instante, lleno de emoción. El viejo motivo romántico tenía en su recitado trémolos y desfallecimientos sutiles... Se diría de él que tañía su propia voz como un delicado instrumento músico... La dulce melodía de palabras se prolongaba en un ritornelo que se repetía siempre triste, como una queja seguida y lánguida que, cariciosa, nos hiriese... Luego, suavemente, en la quietud hierática del jardín, prosiguió su interpretación lírica del momento, recogiendo en su palabra inicial la nota larga y desvaída del viento lejano entre los árboles... Así:

Cada vez se hace más hondo y lacerante su recuerdo en mi espíritu, y agonizo en silencio como este crepúsculo otoñal que allá lejos se desangra poco á poco...

A esta misma hora, por estas largas avenidas bordeadas de álamos, hemos paseado juntos muchas veces; y aquí mismo, en este mismo banco, estuvimos sentados aquella vez que tan fatigada se sintió—sus ojos ahondados por la fiebre—; aquella vez en que me dió su cestillo de flores para que se lo llevara y me sonrió, con su dulce sonrisa de enferma, para que yo no me alarmase...

Ella, tan consciente de todas las cosas, tan resignada, tan sumisa, me hablaba como una niña, serenando mi espíritu atormentado, dulcificando mis angustiadas ansias de infinito y de eternidad...

Sus más pequeños detalles resurgen ahora en mí, purificados por el tiempo con un leve amargor de lágrimas y una estela de melancolía...

Todavía creo verla caminar á mi lado, más rubia su cabellera que la parva, con su gracia cándida de niña mimada y triste, levemente reclinada en mi brazo,

cuando, lejos del mundo real, nos sentíamos llenos de anhelos inefables; y aún me parece oír la caricia de su voz en el continuado sollozo del viento...

Ella tenía el secreto de calmar mis más hondas inquietudes...

(... Mientras caen las hojas del otoño, á su recuerdo, mi espíritu agoniza...)

... Tenía el secreto de calmar mis más hondas inquietudes tan sólo con una sonrisa ó una mirada comprensiva...

Sabía lo irremediable de su mal y sonreía unida de tristeza...

Recuerdo aquella tarde en que, por distraer mi pesimismo, alardeó de serenidad; y después me tortura el terrible recuerdo de aquella noche desolada, que no podría soportar otra vez, en que ella, siempre sonriendo, se durmió poco á poco, para siempre, con mis manos entre las suyas, heladas...

Recuerdo imborrable de aquella noche de desolación infinita... Y, luego, aquel otro día en que aquí mismo, en este mismo parque, bajo estos álamos piadosos, tuve la pistola de Werther en mi mano, y ella, clara y pura como el alba, se me apareció y me vertió al oído el consuelo de sus palabras como un bálsamo...

Todavía la creo ver á mi lado y aún me parece oír la caricia de su voz en el sollozo infinito del viento...

Unida al sollozo del viento, su voz era como una caricia...

La voz del ejecutante se extinguió como una queja desvaída... Luego, pareció que el viento lejano la continuaba...

FRANCISCO DE TROYA

DIBUJO DE ZAMORA

LA REINA, ENFERMERA DE LA CRUZ ROJA

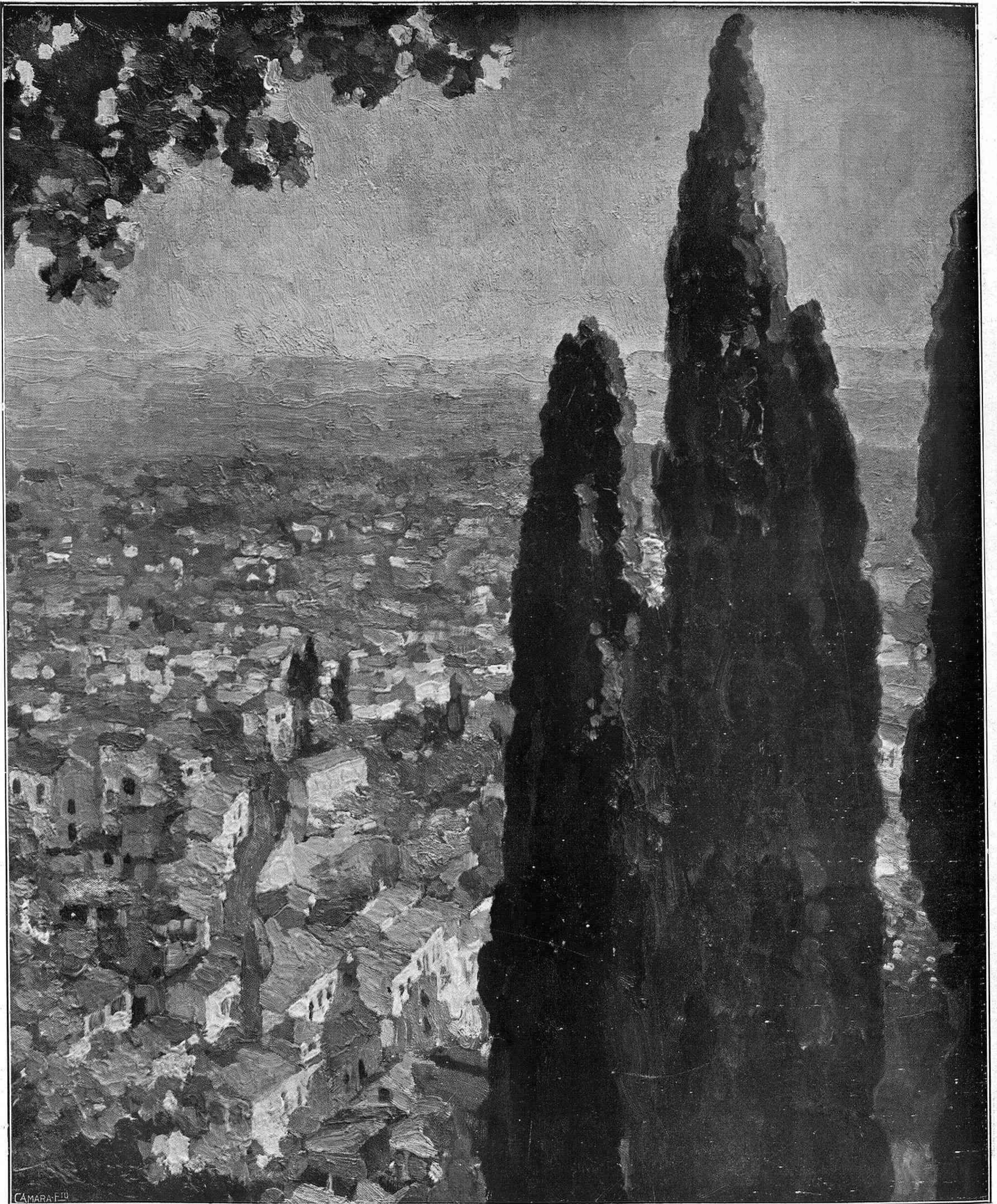


S. M. la Reina Doña Victoria vistiendo el uniforme de enfermera de la Cruz Roja, durante su visita al Hospital de San José y Santa Adela, costeadado por dicha benemérita Asociación, y en el que son atendidos los enfermos y heridos en la campaña

FOT. ALFONSO

LA ESFERA

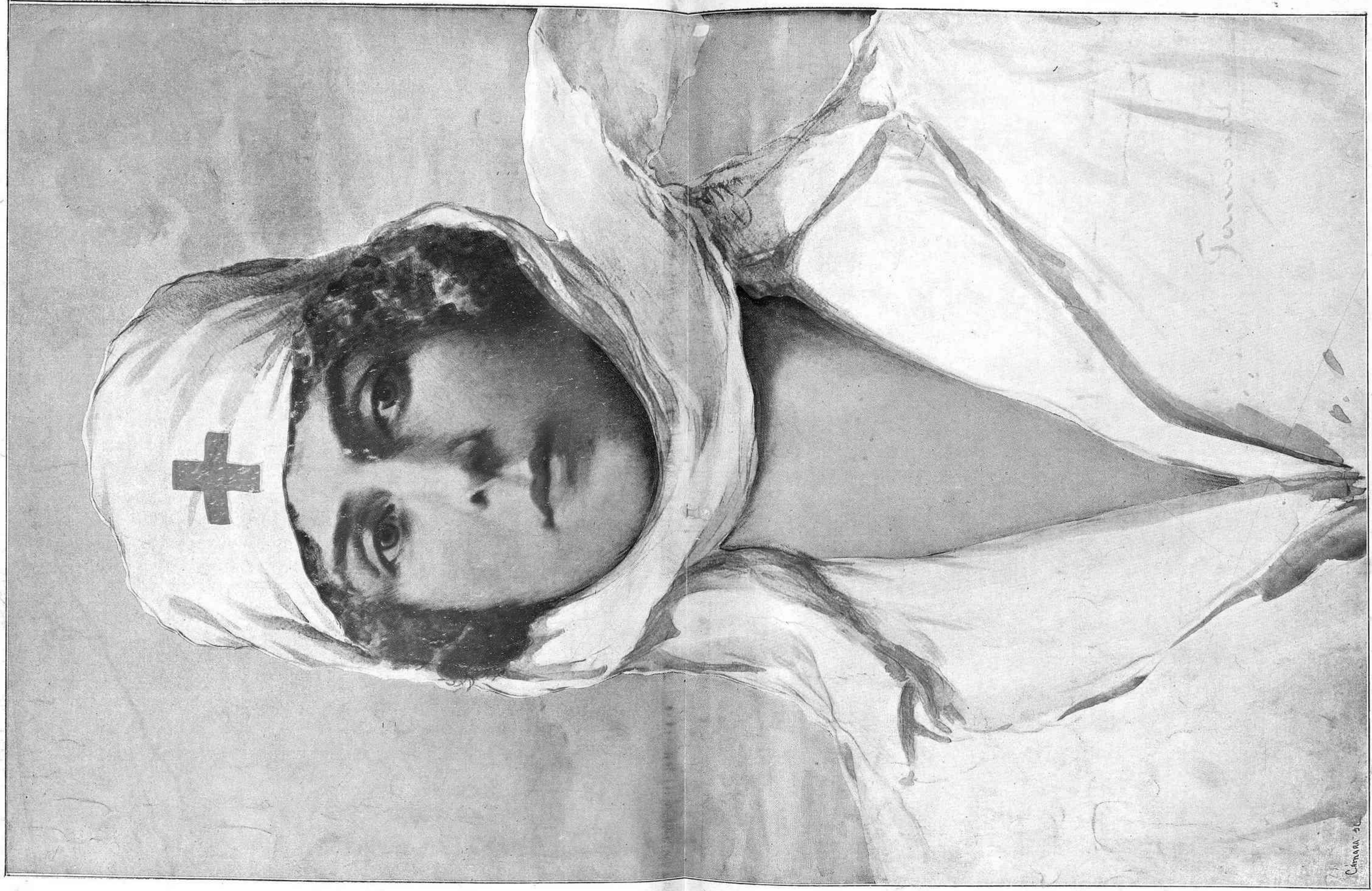
PÁGINAS ARTÍSTICAS



GRANADA, cuadro de Bacarissas

BIBLIOTECA
MADRID

LA ESFERA



S. M. LA REINA DOÑA VICTORIA

Presidenta de la Cruz Roja é iniciadora de la subscripción á favor de los heridos y enfermos de la guerra
DIBUJO DE GAYONAL

LA TRAVESÍA DEL DESIERTO

La caravana avanza lentamente sobre la dilatada llanura de arenas siempre candentes. En el horizonte se esfuman los airosos penachos de las erguidas palmeras del oasis, ofreciendo descanso y refrigerio á los cansados navegantes del Desierto.

Los hijos del Profeta abandonan la tierra firme para engolfarse en el mar de arena. Cuatro largos meses ha de durar la fatigosa navegación á bordo de los sufridos camellos.

El camello es la nave del Desierto, por excelencia, cuyo andar lento y pausado ha de verse combatido por los embates de las tempestades saharianas, navegando siempre en demanda de los oasis—verdaderos puertos de refugio de las caravanas—, cuyas palmeras graciosas son faros á cuya confortante sombra encuentran los navegantes del Desierto descanso bienhechor. La atmósfera caliginosa vibra radiante.

Los mercaderes árabes invocan el sagrado nombre de Alá, pidiendo al Todopoderoso una feliz travesía del proceloso océano de arenas, tan terrible en sus furores como las tempestades de los mares. Todos examinan, antes de aventurarse en el Desierto, el buen funcionamiento de las armas que han de tener, muy probablemente, que esgrimir contra los bandidos que infestan el Desierto y contra otras caravanas.

En el Sahara no hay más ley que la de la Naturaleza: la del más fuerte. La caravana que encuentre otra menos fuerte en su camino, tiene, *ipso facto*, el derecho de atacarla y despojarla. Es una presa que Dios pone en el camino. Los camellos serán repartidos equitativamente, y los hombres que sobrevivan á la defensa reducidos á esclavitud y vendidos á cualquier precio, á la primera ocasión.

La travesía del Sahara se realiza sin grandes dificultades al principio.

Los valles arenosos suceden á las alturas, y el camino pasa por los últimos adueros que pueblan los bordes del mar de arena, atravesándose raquíticos bosques de acebuches y vitanas palmeras.

Es una frontera vegetal entre mundos botánicos totalmente diferentes. La palmera es el único lazo de unión geográfica entre la vegetación de los climas templados y la de los trópicos. Hacia el Sahara, va muriendo paulatinamente la vegetación en póstumos espasmos, hasta llegar á la nulidad más raquítica, en los bordes del Desierto.

A las regiones fértiles suceden las extensiones desoladas, áridas, estériles, inhospitalarias, de ardiente arena, cuya vegetación mediocre y raquítica es como el último aliento de la vida vegetal. Tan sólo la palmera alza su erguido tallo sobre aquellos campos de tristeza, de desolación, de muerte, á los cuales el sol con toda su excesiva potencia no da vida, sino por el contrario, los calcina con su furor de fuego.

Los pozos son cada vez más raros. El agua escasea hasta tal punto, que se hace inhallable. Por eso los musulmanes llaman al Sahara «el país de la sed».

El aire es cada vez más irrespirable también. El medio ambiente parece flama, y el oxígeno que se respira parece caldeado en una estufa.

La vista de los viajeros no avezados á las fatigas del Desierto, se nubla; la lengua se seca y se pega al paladar angustiosamente.

La vida se extingue poco á poco. Sólo los camellos están en su dominio, caminando indiferentes á cuanto les rodea, insensibles á todo, avanzando lenta pero constantemente al unísono, sosteniendo sobre sus jibas pesos enormes, sin inmutarse lo más mínimo por los crueles pinchazos que sus conductores les propinan para que aceleren la marcha. Ellos siguen su acompasada ruta sin irritarse, mirando estúpidamente á su alrededor. La ruta de las caravanas es por demás siniestra. Esqueletos calcinados de hombres y de animales, dispersos aquí y allá, marcan el camino del Desierto. Entre oasis y oasis, entre pozo y pozo, que marcan las etapas, siempre hay algunos días de marcha.

Será difícil atravesar el Sahara sin sufrir los peligros del «simún», ese huracán ardiente y violento que domina en el gran Desierto africano con absoluto poderío, sin

que nada se le resista. Se anuncia primero con una brisa cálida. Los camellos mejor que nadie anuncian su proximidad con una desacostumbrada inquietud, que les hace acelerar la marcha como si quisieran esquivar los furores del huracán de fuego. El viento, antes seco y sofocante, se convierte en un torbellino devastador, levantando trombas de arena, que lleva de un lado á otro del Sahara con grandísima rapidez, variando constantemente la configuración de las inmensas dunas. El sol, oculto tras de la tromba de arena, colorea el siniestro panorama—esa gran revolución de la naturaleza—con rayos rojizos como de sangre.

Los camellos, vencidos por la impetuosidad del huracán, se arrojan al suelo, extendiendo sus largos cuellos sobre la arena, tendiéndose de espaldas al «simún». Los hombres se guarecen tras los camellos, ocultando sus rostros con las manos, para impedir que la calcinada arena penetre por los ojos, narices y boca, sofocando con terribles angustias.

Si la duración del viento huracanado se prolonga, la arena que incesantemente se acumula alrededor de los obstáculos que se oponen á su paso acaba por sepultar á las más numerosas caravanas, hasta que otro «simún» deja al descubierto los calcinados cadáveres de hombres y animales, que no tardan en atraer á las aves de rapiña, á las hienas, á los chacales que, ávidos del succulento festín, no vacilan en aventurarse por el Desierto.

Pero si la caravana sale con bien del duro trance, aún le esperan peligros mayores, si cabe.

Un día, el menos pensado, surge como por encanto un grupo de jinetes que vigila desde lejos los pasos de la caravana. Son los espías de los «tuaregues», los piratas del Desierto. Vienen á informarse del número aproximado de defensores con que cuenta la caravana y de su importancia, que deducen por la cantidad de animales cargados.

Desde ese día, la disciplina y el orden de la caravana aumenta. Todos marchan unidos, compactos. Las mujeres, los niños, los objetos de más valor, se colocan en el centro, defendidos por los hombres armados, que rodean á la comitiva en estrecho círculo.

A los pocos días se alza una pequeña nube en el horizonte, que va agrandándose paulatina-

mente. Se cree sea el «simún» que se aproxima de nuevo; pero los camellos no dan señales de inquietud que denoten su aproximación.

A los pocos momentos se sale de dudas, porque, confusamente primero, y más netamente después, se ve que es una banda de «tuaregues», galopantes furiosamente sobre sus velocísimos «meharis»—los camellos destinados á la guerra—, en demanda de la caravana. Se van acercando. Un pequeño grupo se destaca y, avanzando hacia los atónitos caminantes, formula sus exigencias en forma de *ultimatum*, antes que recurrir á la fuerza, evitando un inútil derramamiento de sangre.

Los bandidos del Sahara piden casi siempre la mitad de las mercancías y de los animales; y la completa entrega de todas las armas y municiones de que la caravana disponga.

Si ésta es superior en número á la partida de bandoleros, ó cree poder resistir el ataque con ventaja, se rechazan las exigencias y queda entablada la lucha. Pero si, por el contrario, la caravana es pequeña y débil, no queda más recurso que ceder ó ultimar un trato convencional con los bandidos, si no se quiere perder todo. Pero la osadía de los «tuaregues» es tan grande, que no vacilan en atacar á caravanas más fuertes que ellos. A veces logran vencer, avizados como están al merodeo en el Desierto. Entonces no conocen la piedad. Pero cuando son vencidos, los que queden sobre el ardiente campo sufren á su vez las duras leyes de la guerra sin cuartel.

La caravana sigue su rumbo, pendiente de nuevos ataques de los «tuaregues», de los horrores del «simún», hasta que, tras cuatro meses de no interrumpidos sobresaltos y peligros, se llega á la orilla opuesta del dilatado océano de arena.

Entonces, los afortunados expedicionarios que lograron arribar al puerto de destino, tras los peligros de tan accidentada navegación sobre el proceloso mar africano, prorrumpen en una estridente plegaria á Alá, tributando al Todopoderoso homenaje de gratitud y respeto. «Alá u akbar, Alá u akbar»—repiten sin cesar: «Sólo Dios es grande, sólo Dios es grande.»

GUILLERMO RITTWAGEN

DIBUJO DE OCTAVIO PINTO



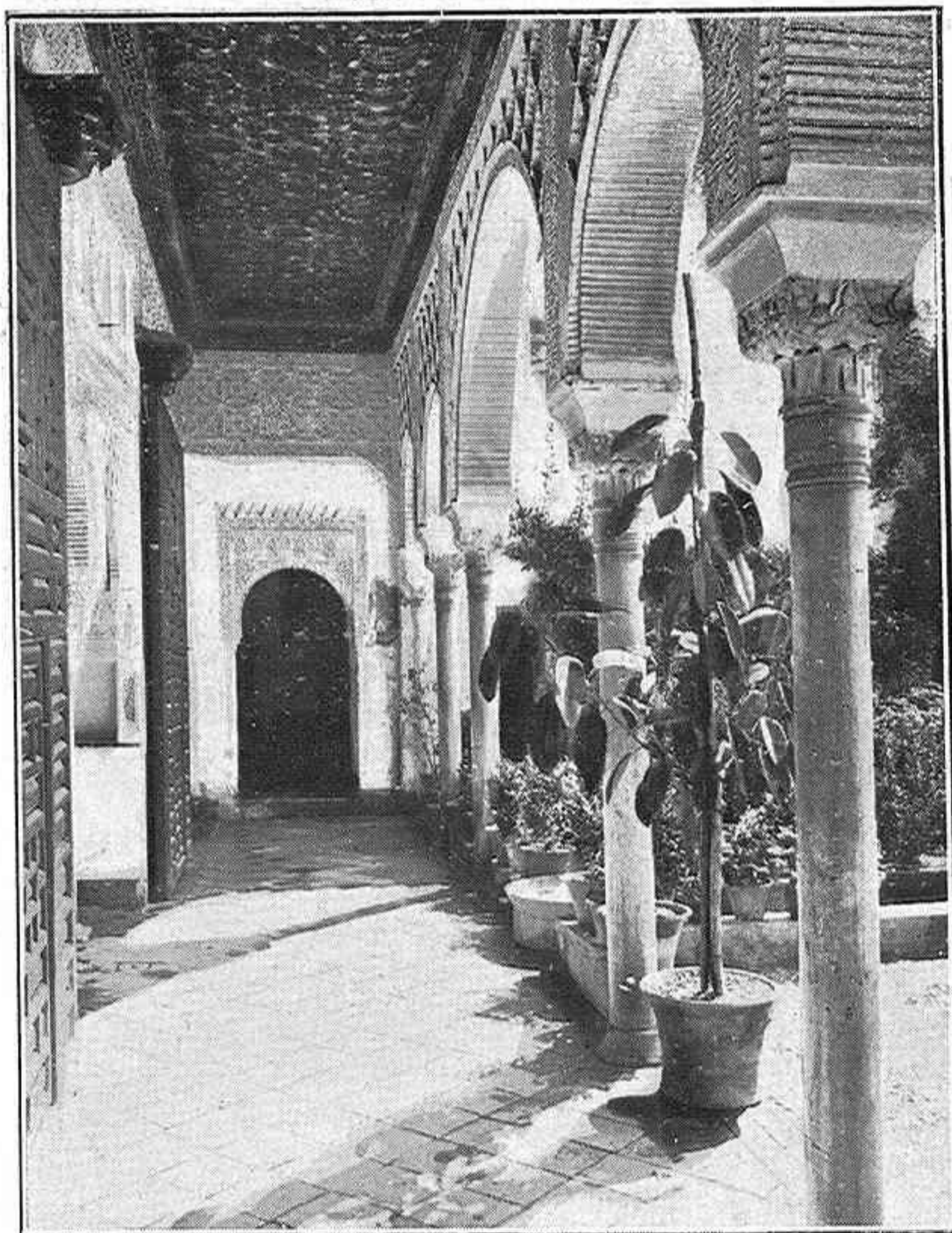
DE NORTE A SUR



Banquete celebrado el día 6 del actual en honor del ilustre autor del aplaudido drama "El rebaño", D. Fernando López Martín, y de su genial intérprete Enrique Borrás FOT. CORTÉS



Los admirables bailarines rusos Sacha Piatov y Lois Natálie, que actúan con extraordinario éxito en el Teatro de Maravillas



Galería del Generalife, antiguo palacio de verano de los reyes moros granadinos, cuya propiedad ha revertido al Estado, después de un largo litigio FOT. TORRES MOLINA

El día 6 del actual se celebró con un banquete el reciente triunfo alcanzado por el inspirado poeta señor López Martín, con su drama *El rebaño*, y por su incomparable intérprete Enrique Borrás. Importantes personalidades asistieron a esta fiesta cordialísima. El almuerzo, verificado en el Palace Hotel, estuvo perfectamente servido y puso una vez más de manifiesto la excelencia de la organización de dicho establecimiento.



Señorita Teresa de Escoriaza

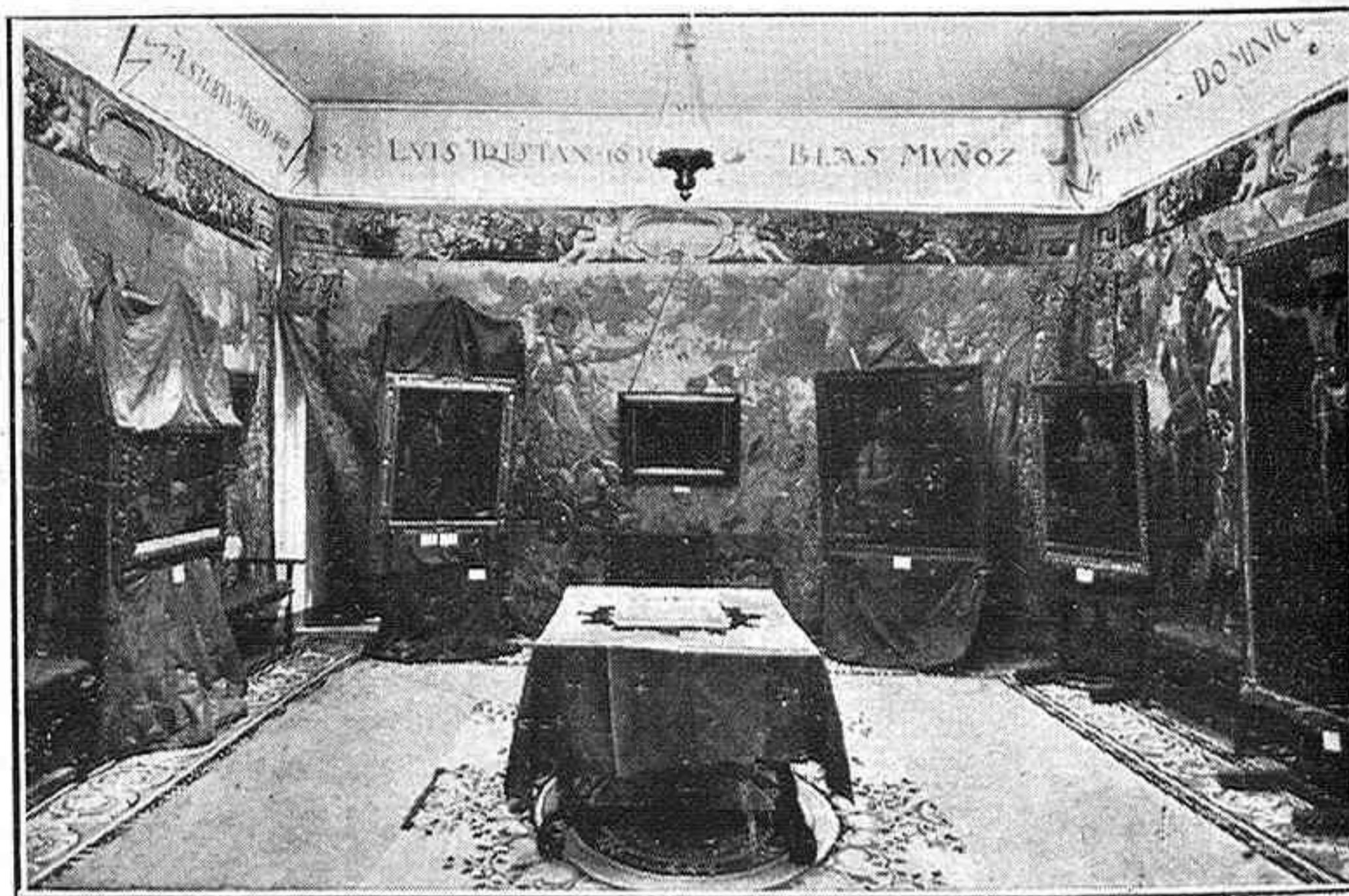
Notable escritora que ha hecho brillantísima campaña corresponsalicia como enviada especial de *La Libertad*, y cuyas admirables crónicas han aparecido coleccionadas en su reciente libro *Del dolor de la guerra*, maravilloso de estilo é insuperable de emoción.

Sensacional acontecimiento artístico ha sido la aparición en el Teatro de Maravillas de los dos danzarinés rusos Sacha Piatov y Lois Natalie, que acaban de obtener resonantes triunfos en los Estados Unidos. Ese arte sugestivo y extraño que dieron á conocer en Madrid las huestes de Diaghilew, alcanza en estas dos grandes figuras de la coreografía moderna su más elevada expresión. Nuestra fotografía reproduce una de las poses más bellas de estos admirables dominadores de la línea y del gesto, que sin duda irá á aplaudir toda nuestra sociedad aristocrática.

En los salones de la Sociedad Española de Amigos del Arte se inauguró hace pocos días, con un fin benéfico, el Museo Romántico y el del Greco, organizados ambos por iniciativa del cultísimo marqués de la Vega Inclán. Constan estas notables Exposiciones de cuatro salas, dedicadas las tres primeras á los pintores del periodo histórico de 1803 á 1860, y la última á Domenico Theotocopuli, formando un total de más de cien cuadros á cual más interesantes. El producto de las entradas y catálogos será para la subscripción de la Cruz Roja. La Exposición se halla instalada con gusto y arte exquisitos en el Palacio de Bibliotecas y Museos.



Una de las salas del Museo Romántico, inaugurada por SS. MM. en los bajos del Palacio de la Biblioteca el día 5 del actual FOTS. CORTÉS



Sala del Greco, instalada en los salones de la Sociedad de Amigos del Arte é inaugurada el día 5 del actual por SS. MM.

LA GRAN MODA EN MADRID



«Toilette» de gran noche, de encaje oro viejo, punto de Venecia Jesurum

AHORA, en los melancólicos días de Noviembre, imperan sobre las calles cortesananas las martas «vison», las polícromas tonalidades de las capas y los abrigos... Todas las magníficas prendas de invierno que hacen más sugestiva la hermosura de las mujeres, á las que se ciñen con dulcísimos lazos y aprisionan con cadenas adorables.

Ved en la fotografía esa *toilette* de gran noche, en oro viejo y encaje de Venecia. De ésta, de la ciudad única y eterna, de la ciudad que es como una inmensa sinfonía de arte y de encanto, fueron traídos los encajes que hoy adornan el vestido de noche. De la Casa Jesurum—que honorariamente preside la Reina madre de Italia—llegaron los encajes de la *toilette*. Y ¿quién no evoca, merced al milagro artístico de este encaje, el nombre de la ciudad eternamente encantada, presa bajo el hechizo de la luna, alzada sobre el terso esmalte líquido de los canales? Venecia, ciudad de amor, de aventura y de leyenda, surge en nuestro recuerdo, bella como una poesía, palpitante de emoción y de ensueño, romántica y gloriosa, bruja é inmortal.

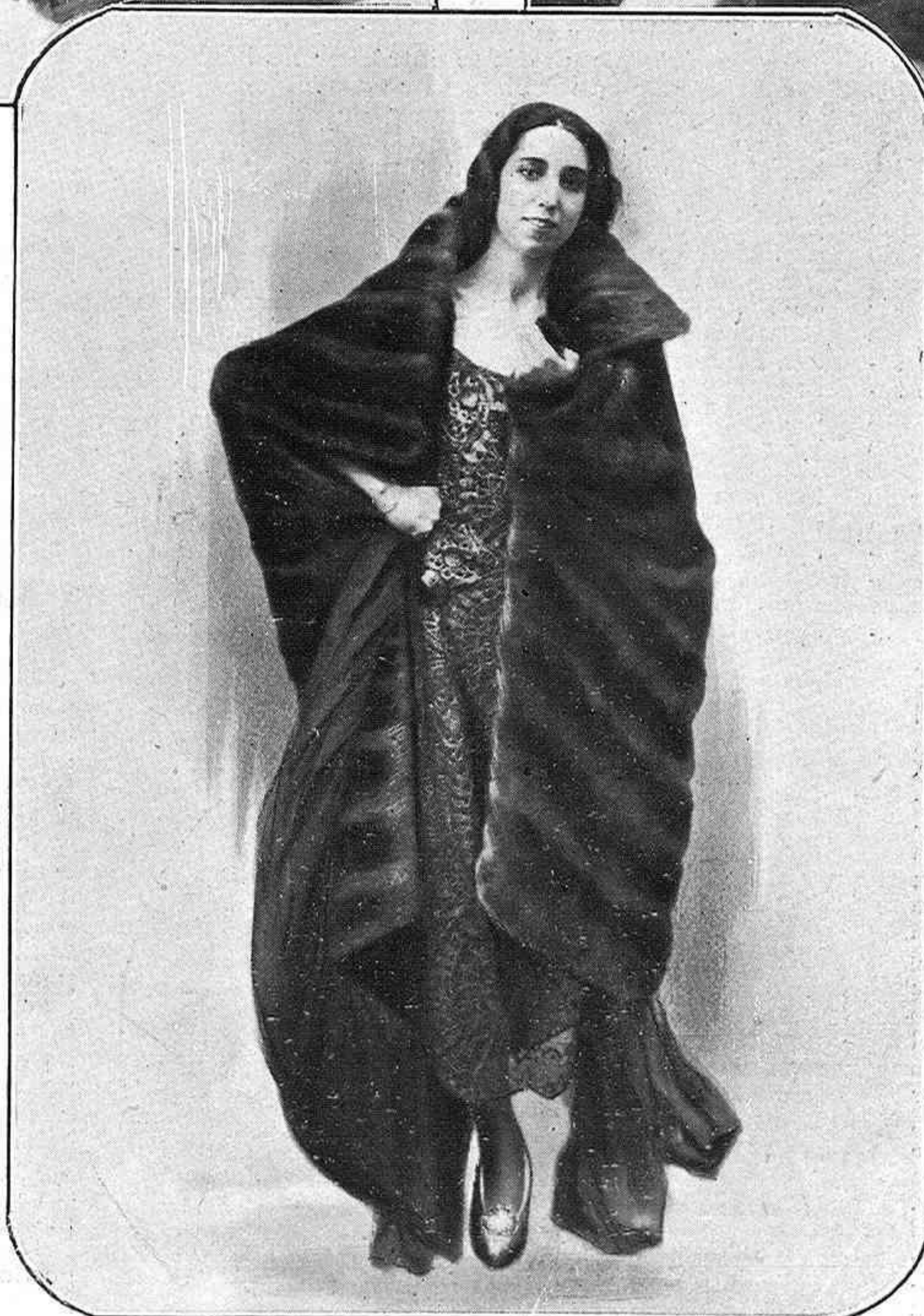
¿Véis agitarse, trémulas, sobre la pantalla las figuras bellas, enjoradas, elegantísimas, de la Borelli y de tantas otras artistas de lo mudo, de la expresión, del ademán y del gesto? Esas espléndidas *toilettes* que ponen un fulgor de asombro en vuestros ojos, y un eco de admiración en vuestros labios, y un latido de deseo y de tentación en vuestros corazones, han surgido de la Casa Crippa, la prime-



El encanto de las pieles.—Soberbia capa de marta «vison»

ra de Italia, que hoy hace ostentar á Madrid, con más justos motivos, el título de gran ciudad moderna. De los establecimientos Crippa nacieron los trajes que realzan la hermosura de las grandes actrices del silencio; las *toilettes* que desfilan, como un cortejo fantástico, ante vuestras pupilas cegadas por la riqueza de los indumentos; los vestidos que hacen aletear, junto á vuestra alma deslumbrada por aquella fastuosidad, la divina esperanza y el secreto deseo de ser más felices, y más bellas, y más elegantes y más codiciadas.

Ahora, en los meses dolientes, las mujeres buscan para sus cuerpos el grato refugio de las pieles, los abrigos, las capas... Y para las mujeres, para sus cuerpos, que el frío hiere, Madrid, elegante, moderno, cosmopolita, sabe ofrecer en sus comercios prendas dignas de una ciudad que quiere figurar en la primera línea de las grandes capitales europeas. Y de todos los establecimientos que á esto se dedican, en ninguno el arte, la riqueza, la elegancia se unen y armonizan de manera tan admirable como en la instalación que la Casa italiana Crippa ha efectuado en Madrid (provisionalmente Gran Vía, 8, 1.º), donde tiene permanentemente abierta su exposición de numerosos y magníficos modelos de otoño é invierno. Merced á esta Casa, hoy tiembla en Madrid un rayo del sol de Italia, y ríe sobre nuestro cielo un jirón del divino cielo de Roma, y triunfa sobre la vida cortesana un resplandor del arte, de la belleza, del refinamiento que han esmaltado siempre las creaciones de la patria del Dante y de Rafael.



Elegantas «toilettes» de la Casa Crippa, de Madrid (Gran Vía, 8, 1.º)

HISTORIA DE TRES GORRIONES

El pájaro burgués. Recuerdos de la infancia

Estos eran tres pájaros—tres gorriones—que habían crecido juntos, como buenos hermanos, al calor de las mismas plumas maternas y al amparo del mismo nido. Romper la cárcel del cascarón, piar, acurrucarse unos contra otros y luego acometerse..., todo lo aprendieron en el mismo día. ¡Qué inocencia la de aquellas primeras horas infantiles de plumón suave, el cuello largo y desgarrado y el pico voraz! ¡Quién dijera que pueden haber cabido tantas picardías en un gorrión!

Cuando los tres hermanos se quedaban solos, no hacían más que fantasear. El nido era muy chico para ellos, y desde la rama del árbol veían viñedos, olivares, casitas blancas llenas de trigo y de migas de pan, y una cinta de plata, un arroyuelo bordeado de álamos que al amanecer hervían y cantaban porque les daba vida un pájaro en cada hoja.

—¿Quién pudiera ir con ellos!

—¡Calma! Iremos pronto. No pueden hacerse todas las cosas de una vez.

Y el otro hermano soñaba más.

—¿Qué afán de juntarse todos en el mismo rincón, como si no hubiera más mundo que el que veis desde aquí! Cuando tengamos fuerzas iremos mucho más lejos y veremos cosas nuevas.

Tenían tanto deseo de ir lejos y de ver cosas nuevas, que las horas se les hacían siglos, y á veces enterraban el pico en el nido y cerraban los ojos de desesperación para no ver con cuánta lentitud camina el Sol.

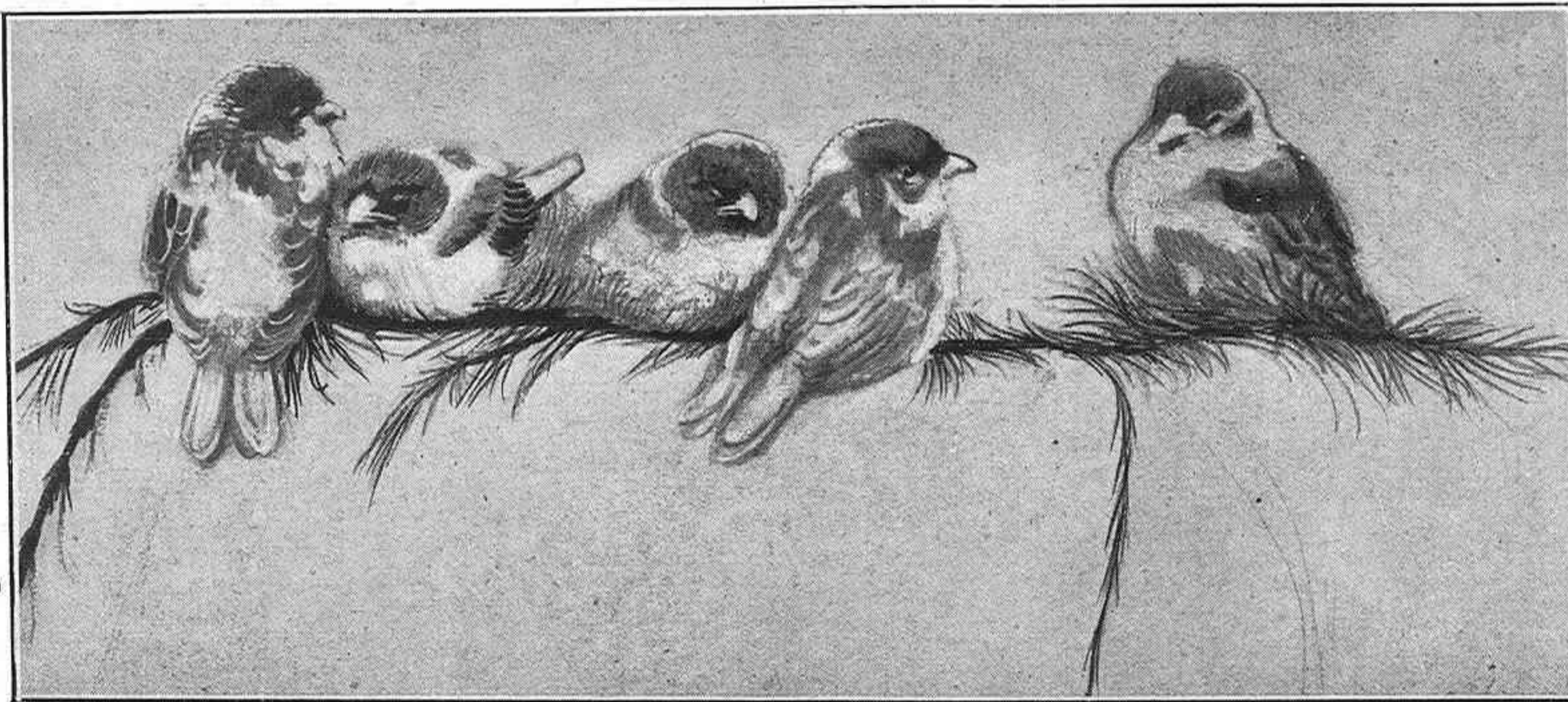
Nuestro hermano el aventurero

Volaron. Vosotros, lectores, no sabéis lo que es volar, porque nadie tendrá la pretensión de comparar sus primeros pasos con esa alegría loca de soltarse en el aire y hendirle y subir hacia el cielo. Además, cuando nosotros damos los primeros pasos no tenemos conciencia todavía, mientras que los gorriones saben que toman posesión de un elemento suyo. Empiezan á vivir con más malicia que nosotros y calculan muy bien la proporción entre el vigor de sus alas y la distancia del nido. Si veis un pajarillo pàrvulo en el suelo, nunca será porque se ha caído, sino porque le han tirado. Ellos no necesitan aprender de nadie la prudencia de contar sólo con sus propias fuerzas.

Volaron. Fueron de rama en rama. Descubrieron su árbol—que, contra la opinión de su padre, era una cosa completamente nueva—, su campo, su alameda junto al arroyo... ¡Qué bien se vive así! ¡De día, vuelo libre; de noche, nido caliente! ¡Y amores, riñas, amistades!... Con esta felicidad iban creciendo tan aprisa, que algunas noches, al llegar al nido, todos pensaban en que dentro de poco ya no iban á caber; y aunque lo pensaban todos, ninguno se atrevía á decirlo. Sus presentimientos no llegaban á quitarles el sueño; pero cuando los padres y los hijos cerraban los ojos, había uno que no podía dormir. Era el hermano aventurero. Las estrellas le llamaban en el misterio de la noche; los ruidos lejanos eran invitaciones que sólo podía escuchar él; y le conmovían tanto la soledad, las sombras, la amplitud del espacio abierto, que las alas se le estremecían de impaciencia y le costaba trabajo contenerse para no empezar á cantar.

¡Vela, hermanito aventurero! ¡Pasa el arroyo; pasa las montañas azules! ¡Ve á decirnos lo que hay cuando se acaba el horizonte, y tráenos el oro del crepúsculo y una gota milagrosa de la sangre del Sol!

Escuchando esta voz, su cabeza loca, un día,



no había visto nunca. Todos se reían.

—Es un gorrión manso.

—Es un pájaro sinvergüenza.

Los chicos le tiraron las servilletas, le persiguieron y le encarcelaron bajo una campana de una quesera. Luego, como él no se defendía, le tomaron cariño, y para que no pensara ya en escaparse, le recortaron las alas. Así llegó á ocupar una posición envidiable.

Melancolía del pájaro sin alas

antes del alba, alzó el vuelo. No le volvieron á ver más. «¿Dónde está nuestro hermano?»—les preguntaban. «Es un hijo ingrato—contestaban los padres—. ¡Se fué!» Y aunque no se atrevían á defenderle, le querían más que nunca. Siempre que hablaban delante de ellos de algo grande, extraordinario, maravilloso, se acordaban de él. «Así se perdió nuestro hermano el aventurero—decían—, que no quiso vivir como un gorrión vulgar.»

En busca de una posición social

Ellos, sí, los pobres, vivieron como correspondía á pájaros de su clase. Uno era tan gris, tan gris, que parecía terrón en los surcos, nudo de corteza en los árboles, pella de barro entre las tejas; y en su propia insignificancia, vivía feliz, sin que nunca le ocurriese nada que valiera la pena de ser contado. El otro llegó á ocupar una gran posición.

Imagináos que un día se entró por los balcones de aquella casita blanca que desde pequeño se le antojaba llena de granos de trigo y de migas de pan. ¡Era tan blanca, tan limpia! ¡Subía el humo de la chimenea todas las mañanas con tal regularidad, que para él el bienestar y la abundancia no podían albergarse más que allí! Entró por el balcón y fué á dar, deslumbrado, en el mantel que cubría una mesa llena de flores y de transparente cristal. Revoloteó y se hirió las alas en un espejo. Había allí mucha gente, niños y grandes, y todos se pusieron muy contentos al verle entrar. Desde lo alto del espejo, reflexionó:

—Estoy ya dentro; no me puedo marchar. Estos señores no tienen aire de hacerme daño; la mesa está llena de migas, y aquí no hay más pájaro que yo. ¡Pues sería tonto si no me aprovechara!

Con un vuelo muy suave, descendió sobre el mantel, saltó á los platos y en un momento aprendió el sabor de una porción de cosas que

¿Qué le falta? La pajarera es grande; tiene, bajo una alambrada sutil que deja paso á la luz y al calor del sol, áboles raros y olorosos. Para que no sea necesario correr peligros en pos de la comida, todos los días vienen á traerla los amos. Y como el gorrión es débil y no vive sin sentimientos, los mismos amos le llevaron una compañera de buena familia, que ya le ha dado unos cuantos hijitos grandes como mirlos. El gorrión campesino está gordo, apoplético. Anda despacio y es un gorrión de guante blanco, que, aun creciéndole las alas, ya no puede volar.

Alguna vez trepa á la cima de un árbol para sumergirse en la melancolía de la tarde. «¿Qué me falta?—se dice—¿De qué me quejo? ¿Quién tiene la culpa de que esta compañera no la haya buscado yo, y estos hijos, más gordos y más torpes que yo, no parezcan los hijos de un pobre gorrión? Si nací con otro destino y yo lo he cambiado metiéndome aquí, ¿quién tiene la culpa?»

Una vaga tristeza, un deseo de irse por los montes, aunque sea á rastras, le asalta de vez en cuando todos los días. Luego vuelve gravemente á dar su opinión sensata sobre la política de la pajarera, y como los pensamientos melancólicos bien administrados sirven para abrir el apetito, carga con fuerza sobre los cañamones, el alpiste, las algarobas y el trigo rubio. Su aristocrática compañera le enseña las jerarquías y el respeto que se debe tener á las doctrinas de nuestros mayores, y él se acuerda muy pocas veces de que sus mayores eran unos gorrioncitos rurales, sin doctrinas, acostumbrados á vivir á la buena de Dios y á coger, donde lo encontrasen, las pajas del nido y el sustento de cada día.

La leyenda rota

Hoy ha visto el pájaro gordo, desde el bardal de la tapia que mira al campo, un espectáculo tan triste que le ha hecho llorar. Ha visto pasar á su hermano el aventurero. Pero, ¿cómo ha pasado! Entre una banda de pájaros sin nido y sin nombre, flaco, parduzco y desplumado, ¡y un aire tan perverso y un brillo tan criminal en sus ojillos rojos!... ¡Adiós, leyenda noble! ¡Adiós, sueños de grandezas lejanas, de heroicas aventuras! ¡Se acabó para siempre nuestro hermano el aventurero!

El pájaro gordo, mientras lloraba, ha tenido la duda: «¿Le llamo? ¿No le llamo?», y no le ha llamado, por fin. «Hay pájaros—se ha dicho—que llevan escrita su historia entre los ojos y el pico, y no conviene que mis hijos lean la de su tío. Ellos creen que el mundo está encerrado entre alambres, y no sospechan que nadie tenga necesidad de buscarse la vida. El pobre ha sufrido mucho. Yo, que estoy prisionero, sufro también; y, sin embargo, ni él se quedaría aquí, ni yo me iría con él. ¿Quién nos entiende?»

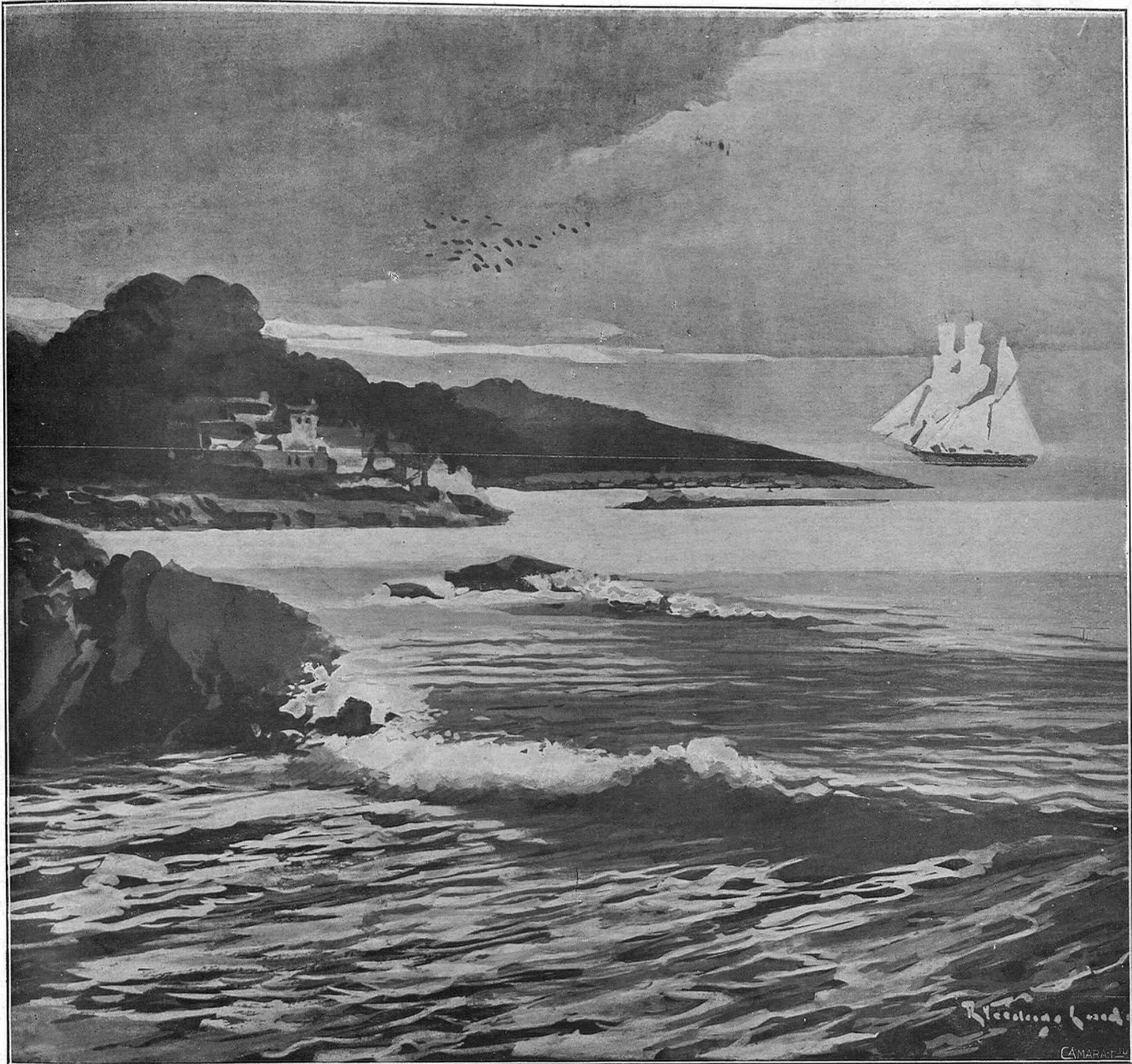
Luego de volver, filosofando, el pájaro gordo ha dicho: «Nosotros nos entendemos. ¡Lo malo es nacer gorrión!»

LUIS BELLO

DIBUJOS DE BARTOLOZZI



PÁGINAS POÉTICAS



MENSAJE

En la ciudad lejana, en la ciudad isleña,
hay una dulce niña, tímida flor de hogar,
que, tras de su ventana, borda, suspira y sueña
siempre mirando al mar.

Cien bergantines bellos, de raudas velas blancas,
pasaron por la isla su alegre juventud;
pero ninguno de ellos a echar llegó las anclas,
pues todos iban ávidos, sedientos de inquietud.

Cien golondrinas bellas, tras fatigoso viaje,
á gorfearle fueron su juvenil canción;
pero ninguna de ellas le confirió el mensaje
con que soñara, al verlas llegar, su corazón.

Jamás la vela clara con que su amor soñara,
de los tranquilos mares en el confín se ve.

Jamás el bello príncipe con que la niña sueña
á la ciudad isleña y silenciosa fué.

Su sueño peregrino, que nace cada día,
se va desvaneciendo del viejo mar al son.
Ya teje el triste lino de su melancolía,
ya borda el cañamazo de su desilusión.

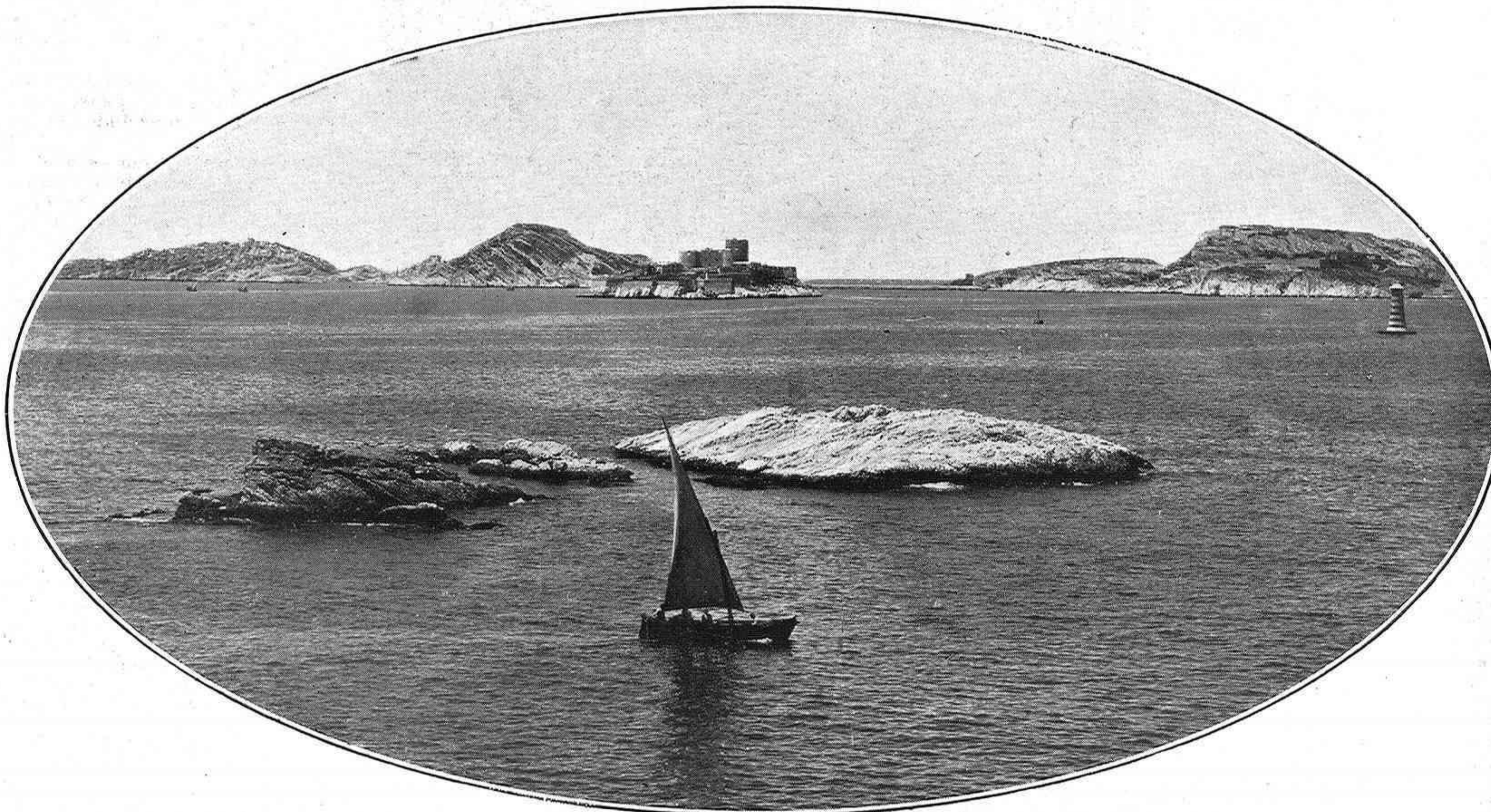
¡Oh, bella princesita de la ciudad lejana,
de la ciudad marina á la que nunca iré!
¡Si algún día estos versos llegan á tu ventana,
como una golondrina de la ilusión humana,
te contarán, llorando, que con tu amor soñé!

Salvador DALDERDE

DIBUJO DE VERDUGO LANDI

LA ALEGRÍA DE ANDAR

EL CASTILLO DE IF



Marsella.—En el centro, el islote de If; á la izquierda, la isla de Ratonneau, y á la derecha, la isla de Pomègues

A las dos exactamente de la tarde el vaporcito que ha de llevarnos en poco menos de media hora al famoso castillo de If se despega del muelle. Es un día soleado, caliente y azul, pleno de claridad, de colorines meridionales y de ruido; un día genuinamente marsellés, hiperbólico y fanfarrón, como el alma de *Tartarin*.

A popa, la célebre calle Cannebière, orgullo de la ciudad, y el frontis obscuro de la basílica de los Agustinos señalan el centro del paisaje. A derecha é izquierda se prolonga una larguísima hilera de casas de cinco y seis pisos, ensuciadas por la intemperie y el humo de los barcos, y erizadas de chimeneas. Las guardillas grises, con sus tejadillos que recuerdan el corte de las tocas monjiles, desparraman sobre la nebulosa negra y poliforme de los tejados una expresión ingenua. En los balcones brillan grandes letras doradas que anuncian Sociedades de todas clases, Pensiones y Hoteles. El Hotel de Génova, el de Ginebra, el de Calais, el de Bellavista, el *restaurant Bassó*, cuya *bouillabaisse*, de renombre mundial, los marinos recuerdan entornando los párpados...

Vamos cruzando el Puerto Viejo entre dos apretadísimas filas de buques cuyos bauprés, dirigidos hacia nosotros, parecen hacernos una advertencia, y en el espacio transparente los altos mástiles envergados de los veleros trazan el gesto místico de la cruz. Hay corbetas españolas, bergantines noruegos, fragatas argentinas, transoceánicos italianos, ingleses y yanquis, de poderoso tajamar, y sus arboladuras, eternamente inquietas, creórase que cuchichean en idiomas distintos. El Puerto Viejo tiene exactamente la forma de una U, cuyas puntas custodian los fuertes de San Nicolás y de San Juan; y algo después, á la izquierda y sobre el júbilo rústico de una colina, la Escuela de Medicina aparece de improviso, como ávida de respirar el saludable aliento del mar libre. Más allá ondula el Paseo de la Cornisa,

terreno quebrado, poblado de quintas de recreo y de pinares, ante el cual la caricia murmurante de las olas extiende un festón de plata.

Pronto comienzan á surgir á proa, de la rutilante amplitud verde de la bahía, las islas de Ratonneau, al Norte; la de Pomègues, que sirve de lazareto, y la de If, cuyas jibas calcáreas, desoladas, desprovistas de toda vegetación, muestran la amarillez de las viejas osamentas. El castillo que deseamos conocer no tarda en presentarse, y ciertamente su fábrica recoleta y taciturna no corresponde á la trágica imagen que de él teníamos formada. Sabíamos que su triste historial le había granjeado el remoquete de «Bastilla del Sur», y lo imaginábamos circundado de aspillerados murallones y de fosos profundos, grande, sombrío, imponente, tal que el espíritu mismo de la Edad Media. No es así, y su prestigio universal lo debe principalmente á la inspiración de Alejandro Dumas; lo que constituye un ejemplo más en pro del imperio re-

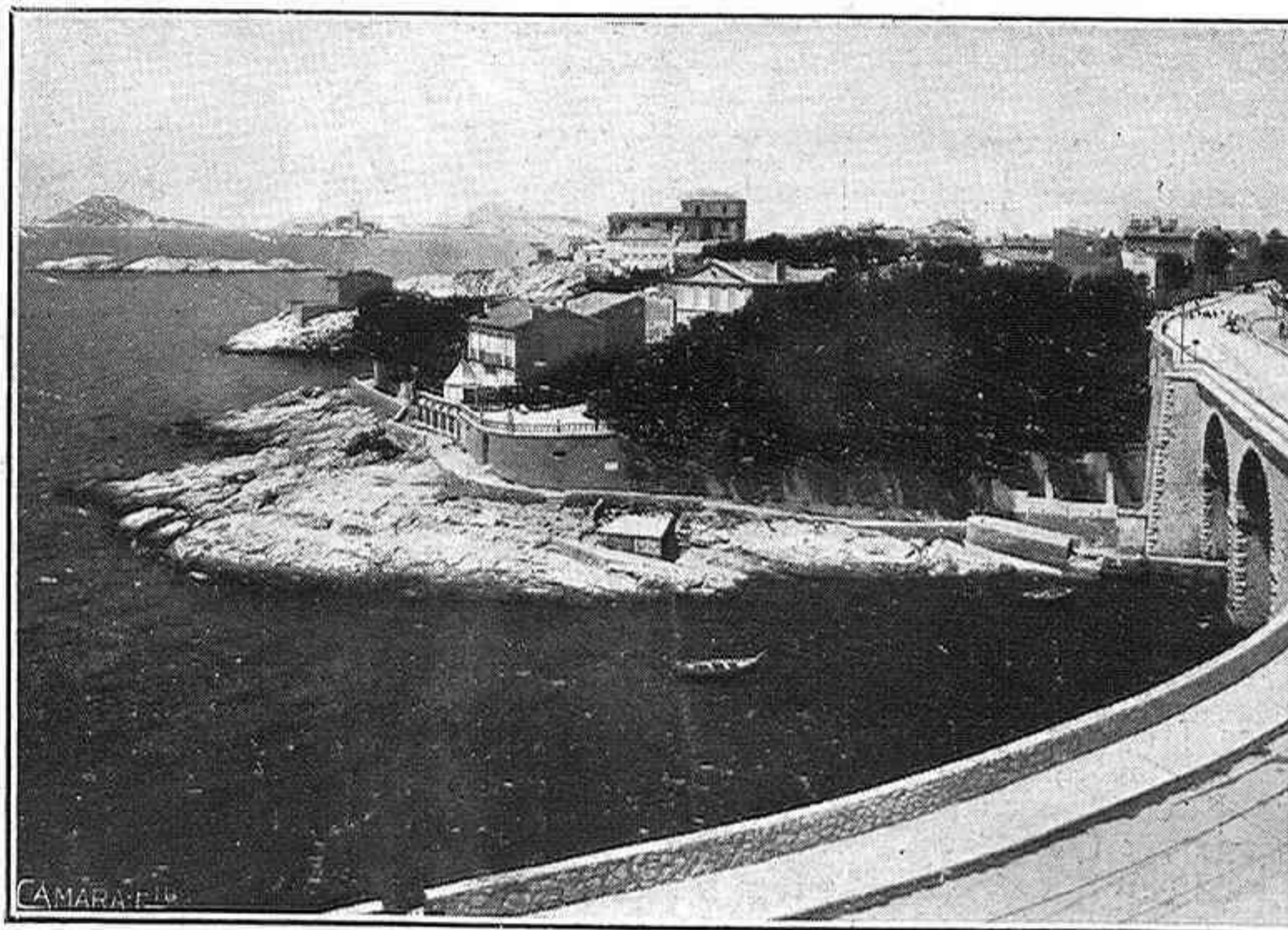
movedor del verdadero arte, que transforma los hechos y dispone que las bellas leyendas triunfen de la verdad vulgar. El castillo de If es una creación más de Dumas, y si el fantástico *Conde de Montecristo* no hubiese vivido en él, nadie iría á visitarlo. La novela de «Edmundo Dantés»—¡oh, virtud avasalladora del genio!—es más conocida, más fuerte, más atrayente y plena de luz que las historias reales de cuantos hombres, algunos muy ilustres, sufrieron allí.

Desembarcamos, y con pie ágil—porque de todas las espuelas el deseo de ver es la mejor—emprendemos la caminata peñas arriba; y á poco salvamos un puente levadizo y nos hallamos en un patio cuadrangular, circundado de paredones solidísimos, de los cuales parece descender, semejante á una fragancia de los tiempos idos, un hondo silencio. En el comedio del patio hay una cisterna cuya boca se ampara tras un anillo de piedras carcomidas. Al frente, y algo desconcertadas por el tiempo, aparecen una escalera que guía al piso superior; una columna mordida por la servicia de los siglos; un medio arco..., y á derecha é izquierda cinco calabozos, cuyas entradas negras y sin puertas simulan una expresión humana: el infinito dolor de cuantos murieron allí habla por ellas todavía, y son como cinco bocas que, sin hablar, pidesen socorro.

Un empleado se aproxima y nos ofrece velitas de diversos colores, al precio de veinte céntimos cada una.

—Son indispensables para orientarse en la lobreguez de las mazmorras—dice.

La gente se apresura á comprarlas; «el rebaño» inconsciente ríe, y los enamorados cruzan miradas pensando en la obscuridad, propicia al beso, que les aguarda. ¡Oh! Es curioso y es triste comprender cómo el dolor de otros siglos sirve de pasatiempo y broma á las generaciones actuales, al extremo de que sin él, sin los vestigios vitandos que dejó de su paso por el mundo—cárceles, que-



Marsella.—Famoso paseo de la Cornisa

maderos, anfiteatros—, los turistas de hoy apenas tendrían adónde ir...

El castillo de If fué siempre prisión de Estado, y decretó su fundación el belicoso Francisco I, quien con sus reales manos colocó la primera piedra del edificio el día 20 de Diciembre de 1524; «hallándose esta piedra— dice un cronicón de la época— sobre una hendidura en la que el mismo monarca previamente había dispuesto, aludiendo sin duda á las tres principales riquezas del suelo marsellés, un cántaro de vino, un frasco con aceite y una caja de metal llena de trigo.»

Avanzamos despacio; una paz macabra de camposanto ó de convento nos envuelve, nos cautiva y oprime con hilos sutiles de sugestión; impregnadas de sufrimiento, las piedras hablan, y toda la muerta fortaleza es como un viejo corazón anquilosado, momificado por el ardiente rescoldo de sus propios recuerdos. En la planta baja se abren dos ergástulas espantosas, sin luz, sin aire, sumidas en el absoluto silencio de las criptas. En la más profunda de ellas se dejó morir de hambre, tras un ayuno de once días, el rico comerciante marsellés Bernardot, acusado de conspirar contra el casi omnipotente cardenal Richelieu; y también falleció un marinero, llamado Juan Pablo, después de treinta y un años de cautiverio, cuando por no poder hacer uso ni de sus piernas ni de sus sentidos, el infeliz, probablemente, ya estaba baldado, ciego y sordo. En este antro sórdido, semejante á una grieta en un muro, fué donde Dumas encerró al «Abate Faria»...

En el piso alto hay otros nueve calabozos, de cada uno de los cuales podría decirse—sin caer en pecado de exageración—que ha devorado más vidas que una fosa común. Por ellos pasaron Alberto del Campo—el primer prisionero que hubo en el castillo—, iluminado y envenenador, cuya amante daba á beber un tósigo á las personas á quienes él hubiese vaticinado la muerte, y que fué quemado en Aix el 23 de Diciembre de 1588; el veneciano Mattioli, á quien durante mucho tiempo se le supuso hermano gemelo de Luis XIV, y que la Historia llama «el hombre de la máscara de hierro»; el príncipe Luis Felipe de Orleans, que votó la muerte de su primo Luis XVI y acabó en el cadalso; el conde Mirabeau, verbo de la Revolución, que aprovechó la ociosidad de su encierro para escribir su *Ensayo sobre el despotismo*; Ballesteros, ministro



Marsella.—Muelle del Puerto Viejo

de Carlos IV, Rey de España; el marqués de Lavelette; el abate Pretti; los hermanos Pablo y Luis Martel, foragidos memorables..., y muchas sombras, unas maculadas de sangre, otras limpias y sin culpa, cuyos nombres, grabados por ellas mismas en el granito de los muros, subsisten aún, desesperados y acusadores.

En el castillo de If habitó largos años también, aunque no en calidad de recluso, el popularísimo «padre Grosson», modelo de *cicerones*, del cual los marselleses viejos recuerdan todavía. Encarriado con su oficio, hizo de él un arte: Grosson conocía una á una todas las efemérides de la torva prisión; lo que no sabía lo imaginaba, y en los relatos más conmovedores su acento adquiría una emoción contagiosa. Era un narrador sorprendente, ingenuo y emotivo, como un rapsoda árabe; y de «Edmundo Dantés» y del «Abate Faria» hablaba como si realmente hubiesen existido. Asimismo poseía cualidades notables de ironista y de ventrílocuo. A los turistas sencillos y á las mujeres, cuya imaginación siempre se orienta hacia lo maravilloso, Grosson les aseguraba que en el castillo de If todavía quedaba un preso: el último...

—Voy á hablar con él—decía—; apoyen ustedes la cabeza sobre el muro, y le oirán contestar. En seguida preguntaba:

—¿Qué hace usted? ¿Necesita usted algo?... E inmediatamente, desfigurando la voz y debilitándola de modo que pareciese venir de muy lejos, respondía:

—Estoy triste. ¿Qué hora es?... No tengo tabaco.

El *cicerone* comentaba entonces con su voz verdadera, alegre y brusca, de meridional:

—¡El pobre siempre dice lo mismo: nunca tiene tabaco!...

Los visitantes, emocionados, le daban á Grosson dinero y tabaco para el preso.

Cuentan que Alejandro Dumas, ya viejo, quiso visitar el islote de If, y fué recibido por el «padre Grosson».

—Acérquese, señor—decía el guía—: fíjese bien: este es el agujero por donde el «Abate Faria» y el *Conde de Monte-Cristo* se comunicaban...

Y prosiguió refiriendo, con acento turbado, los arbitrios extraordinarios de que ambos reclusos se sirvieron para comunicarse. El novelista le interrumpió para interrogarle:

—¿Conoce usted á monsieur Dumas?

—¡Mucho, señor!— exclamó Grosson— ¡Es uno de mis amigos mejores!...

—Y él se honra con ello—repuso Dumas, deslizando en la mano sorprendida de Grosson dos monedas de oro.

Ya va muy caído el sol cuando emprendemos el regreso á Marsella; el cielo palidece y se tiñe de rosa, y á lo largo de la línea ondulante de la Cornisa y de los muelles los faroles del alumbrado dibujan una línea ardiente. Rápidamente, á nuestra espalda, el castillo de If, sombrío y maldito, desaparece en el mar amargo.

«Son tantas las lágrimas que has hecho derramar, que también podrías naufragar en ellas», pensamos.

EDUARDO ZAMACOIS

Marsella, 1921.



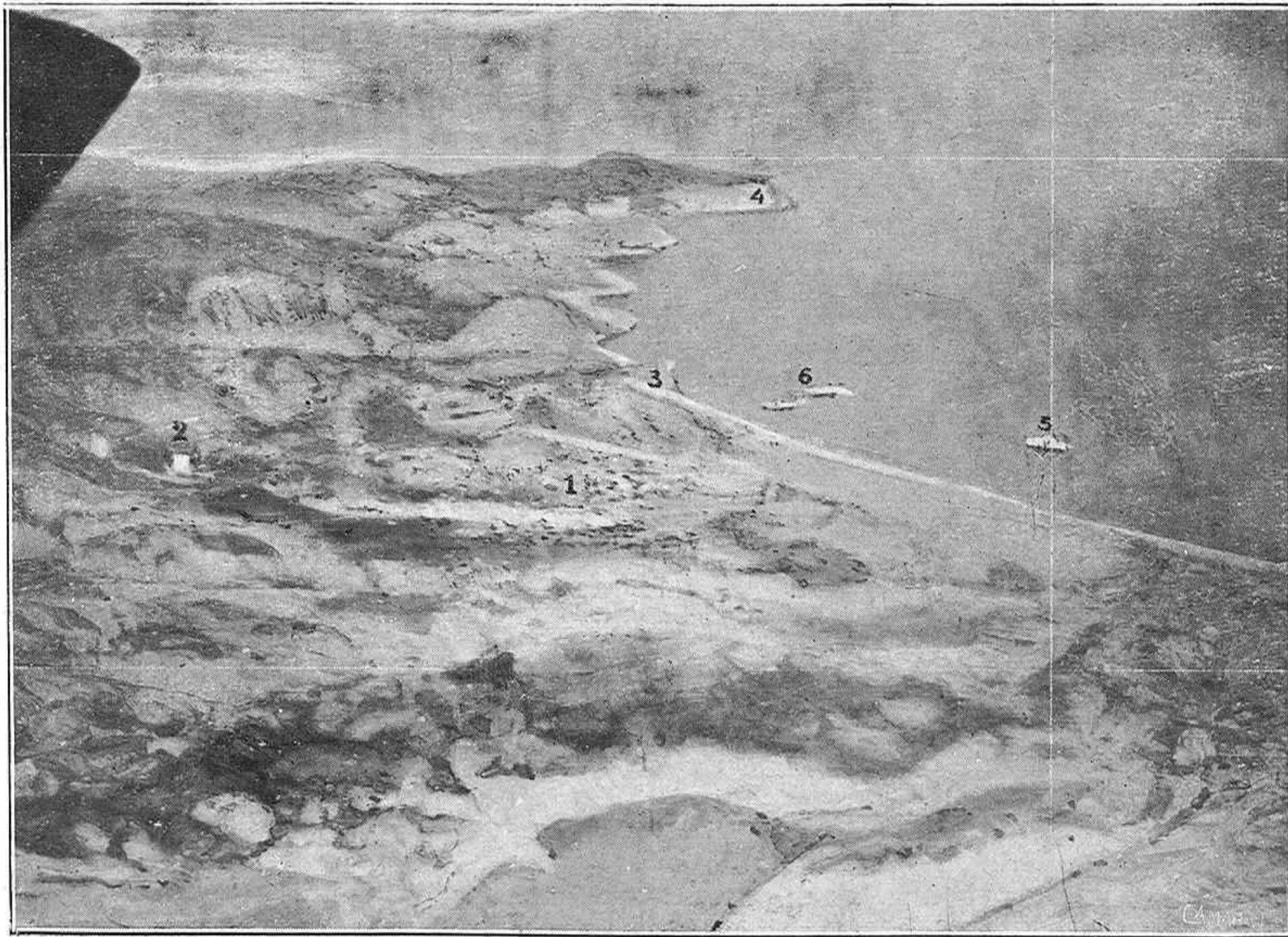
Marsella.—Salida del Puerto Viejo y fuertes de San Juan y San Nicolás

LA AVIACIÓN EN LA GUERRA DE MARRUECOS



Bombardeo de un poblado moro por una escuadrilla de aviadores militares

Dos interesantísimas notas gráficas aparecen en la presente página. Fueron obtenidas por nuestros valientes aviadores militares durante uno de los últimos reconocimientos practicados en el teatro de operaciones. Presenta la superior el bombardeo de un poblado rifeño durante un reconocimiento del campo enemigo, pudiéndose deducir por la línea de explosiones que las bombas fueron arrojadas durante un viraje. La fotografía más peque-



Bahía de Alhucemas y poblado de Axdir, donde están prisioneros el general Navarro y los supervivientes de Monte-Arruit. Vista obtenida durante un vuelo por nuestros aviadores militares

ña se refiere al poblado de Axdir, la misteriosa residencia de Abd-el-Krim, donde están prisioneros el general Navarro y demás supervivientes de Monte-Arruit. En la curiosísima vista panorámica se aprecia perfectamente la situación del poblado (1), de la casa del jefe moro (2), el lugar donde vigila la guardia rifeña (3), Cabo Verde (4), la bahía de Alhucemas con la isla habitada (5) y otras dos deshabitadas (6) por su proximidad al campo enemigo.

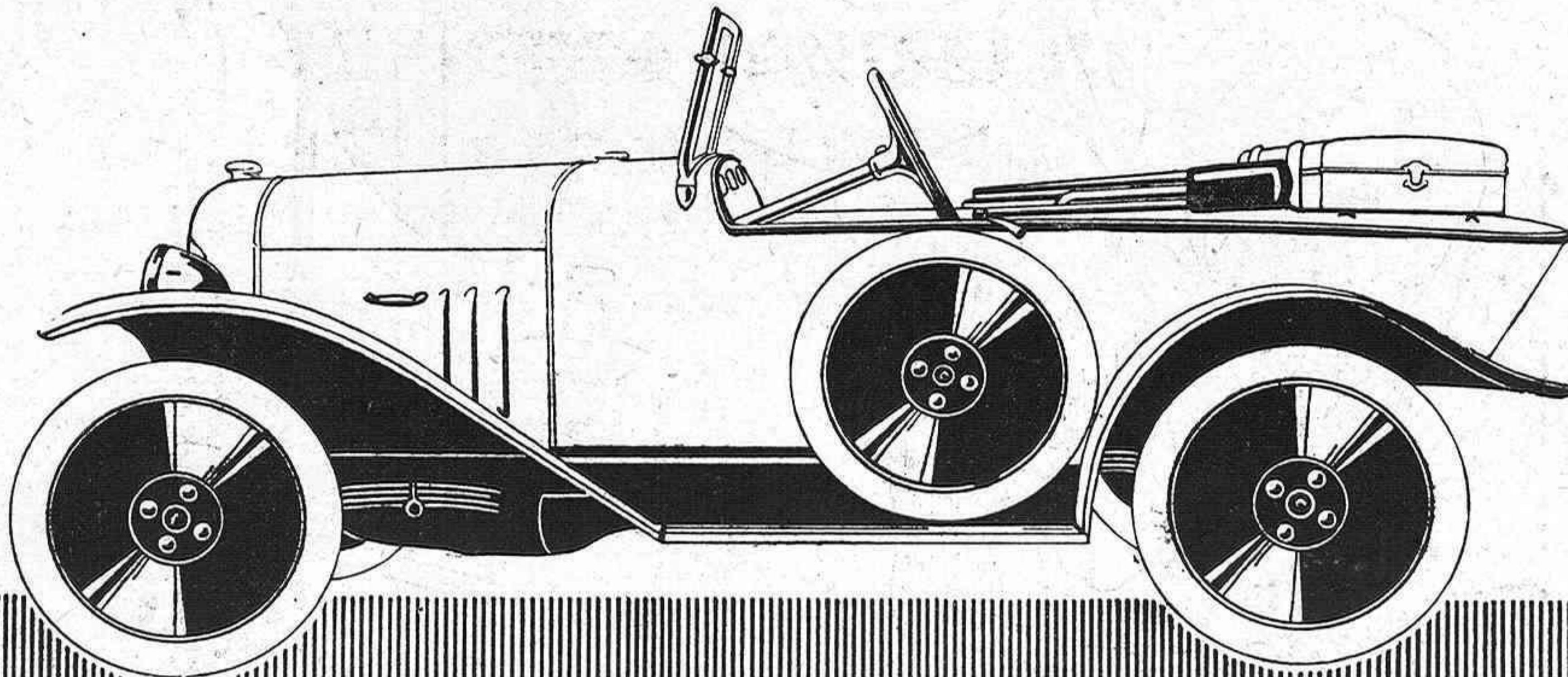


EL
AGUA DE COLONIA AÑEJA

no es sólo un perfume
Mezclada con el agua de lavarse
es un tónico para la piel.

Frasco 2.50
PERFUMERIA GAL
MADRID

La primera **Voiturette** francesa, construída en gran serie



EL NUEVO

5^{HP} CITROËN

ÉXITO DEL SALÓN DE PARÍS DE 1921

Motor 4 cilindros 55 x 90. 3 velocidades.

Alumbrado y arranque eléctricos. Cinco

* ruedas con neumáticos *

Consumo: **5 litros** de gasolina, **175**

gramos de aceite por 100 kilómetros

PRECIO: 8.500 FRANCOS
PARÍS

CONCESIONARIOS PARA ESPAÑA:

G. de RISO y C.^A - Goya, 6, Madrid. Teléfono S. 1.500

THE VITTORIA EGYPTIAN CIGARETTE COMPANY

**CIGARRILLOS ORIENTALES
con boquillas oro y corcho**
à Ptas. 1.90 y 2





La Novela Semanal

publica en su número de hoy

Roto el encanto...

por V. DÍEZ DE TEJADA

(Ilustraciones de Regidor)

Precio: 25 céntimos ejemplar

La Novela Semanal

ofrece todos los sábados á sus lectores un original rigurosamente inédito, debido á la pluma de los mejores autores españoles contemporáneos.

VAN PUBLICADAS HASTA LA FECHA:

PUESTA DE SOL, por Vicente Blasco Ibáñez.
 LA VENGANZA DEL RECUERDO, por "El Caballero Audaz".
 MEMORIAS DE UN VAGÓN DE FERROCARRIL, por Eduardo Zamacois.
 EL CAFE DE CAMARERAS, por Antonio de Hoyos Vincent.
 LA SIRVIENTA, por J. Francés.
 LA CONVERSIÓN DE FLORESTÁN, por Emilio Carrère.
 UN VIAJE EN EL "METRO", por Joaquín Belda.
 LA HIEL, por Alberto Insúa.
 AIRE DE MUERTO, por Wenceslao Fernández Flórez.

LADRÓN DE VIDA Y DE AMOR, por Felipe Sassone.
 EL DRAMA DE LA SEÑORITA OCCIDENTE, por Alfonso Hernández Catá.
 MUJERES SOLAS, por Cristóbal de Castro.
 LA MONJA DE CERA, por Rafael López de Haro.
 CUARTO MENGUANTE, por Ramón Pérez de Ayala.
 EL ARTICULO 438, por Carmen de Burgos "Columbine".
 LA NIÑA DE MÉXICO, por D. José Ortega Munilla.
 EL ALMA DE SIXTO, por Eduardo Marquina.
 LA DONCELLA DE LA RISA

Y EL LLANTO, por Tomás Borrás.
 EL HOMBRE QUE LO SABÍA TODO, por Manuel Linares Rivas.
 LA DIABLESA, por Luis Antón del Olmet.
 LA VIUDA DE PERRÍN, por J. Pérez Zúñiga.

De todas estas novelas pueden servirse colecciones completas, dirigiendo los pedidos á

PRENSA GRÁFICA, S. A. Apartado 571. Madrid

En la República Argentina

La Novela Semanal

se vende con el título de

La Novela Española

Está de venta en todos los puestos de periódicos y en casa de los agentes de Prensa Gráfica en la República Argentina

SEÑORES ORTIGOSA Y COMP.^a

Rivadavia, 698,

Buenos Aires